

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA

---

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

---

**TOMAS MORO Y SU INFLUENCIA EN AMERICA  
A TRAVES DE LOS HOSPITALES DE  
VASCO DE QUIROGA**

**TESIS**

que presenta para obtener el grado  
de Maestra en Historia General

**MARIA CRISTINA PONCE PINO**

MEXICO

1951.



Universidad Nacional  
Autónoma de México



**UNAM – Dirección General de Bibliotecas**  
**Tesis Digitales**  
**Restricciones de uso**

**DERECHOS RESERVADOS ©**  
**PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL**

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

**A MIS PADRES**

**A MI ABUELITA**  
*Doña María C. Vda. de Pino Suárez*

**A MI HERMANO**

**AL SR. LIC. JAVIER DE CERVANTES**

*Director de esta tesis,  
con respeto y admiración.*

## I N D I C E

---

**Capítulo I.**—Tomás Moro.

**Capítulo II.**—Utopía

**Capítulo III.**—Don Vasco de Quiroga.

**Capítulo IV.**—Influencia de la Utopía de Moro en los Hospitales de Don Vasco. Conclusiones.

**Capítulo V.**—Bibliografía.

## TOMAS MORO Y SU INFLUENCIA EN AMERICA A TRAVES DE VASCO DE QUIROGA

---

### CAPITULO I

#### I.—TOMAS MORO

En los últimos años del reinado de Eduardo IV, el 6 de febrero de 1478, por primera vez tenemos noticias de Tomás Moro. Su padre, John Moro, había contraído matrimonio en 1474 (1) con Agnes Granger que habla de ser la primera de sus cuatro esposas. De los hijos de John Moro, el primogénito de los hombres fué Tomás y tal vez a esto se debe el que su padre haya puesto un especial cuidado en su educación, ya que desde los siete años fué enviado a estudiar con Nicolás Holt en la Escuela de San Antonio (2). No debemos olvidar que la enseñanza en aquellos tiempos era muy primitiva, debido principalmente a la escasez de libros, ya que a veces sólo el maestro se permitía el lujo de tener alguno; los alumnos en general debían hacer uso de la memoria para retener las clases que les daban, y esto tal vez es lo que hizo que Moro llegara a tener una memoria tan privilegiada, ya que como él mismo decía es de lo único que se sentía verdaderamente orgulloso. También su facilidad de palabra la debió en parte a estos sus primeros años de estudio; pues era muy común en aquellos tiempos el hacer certámenes entre alumnos de diversas escuelas. El día de San Bartolomé por ejemplo, se reunían en el cementerio, en donde uno de los estudiantes sobre un banco, les hacía preguntas a los que le rodeaban hasta ser vencido por otro y así sucesivamente. Sabemos que los mejores premios eran ganados por los alumnos de la escuela de San Antonio (3) y no es extraño que Moro hubiese ganado alguno de estos concursos, ya que más tarde, a los doce años, sería recibido en la casa del Cardenal Morton por recomendación de su mismo maestro, Nicolás Holt.

Era una costumbre muy generalizada en esa época, el que los hijos de los nobles y de la gente influyente del reino, al llegar a determinada edad, entraron a servir como pajes en la casa de algún

otro miembro de la nobleza o de personajes importantes del mismo reino, los cuales a su vez mandaban a sus hijos con amigos o conocidos; por tanto no era de extrañar que en la casa de un noble vivieran cuatro o cinco niños que servían como pajes y que eran educados por el Señor de la casa como si fueran sus propios hijos.

Como ya dije con anterioridad, Moro a los doce años de edad entró a servir a la casa del Cardenal Morton, entonces Lord Canciller de Inglaterra. Moro, como paje del Cardenal, conoció a los más grandes personajes de su tiempo, estuvo presente en sus conversaciones y aprendió a conocerlos y a tratarlos, además según dice Sargent, (4) el Cardenal le enseñó con su ejemplo a no fiar en la fortuna, a no enorgullecerse del encubramiento y a no desalentarse en los desengaños y adversidades.

Moro desde su más pequeña edad demostró poseer un gran ingenio y una elocuencia que como diría más tarde Erasmo era capaz de ganarse hasta a sus enemigos. Morton decía de él: "Esta criatura que sirve aquí la mesa será mañana un hombre maravilloso y lo demostrará a quién viva aún para verlo". (5)

El Capellán del Cardenal, Enrique Medwall escribía obras teatrales que eran representadas por los pajes y Moro sin estudiar su papel aparecía en escena y representaba algo de su propia inventiva, lo que era aplaudido con mucho entusiasmo por los espectadores.

Moro estaba llamado, como decía el Cardenal, a ser algo grande; pero seguramente ninguno de los señores del reino, que asistían a la casa del Cardenal, podía imaginarse hasta donde iría a llegar aquel audaz chiquillo que los observaba atentamente y que muchas veces oíría cosas que retendría en su memoria y que años después sacaría a relucir al escribir su **Ricardo III** y tal vez también haría algún comentario sobre ellos en su famosa obra: **Utopía**.

Pero el Cardenal que descubre en su paje dotes tan privilegiadas, no le quiere tener sin recibir una educación superior, Morton pensó tal vez hacer de Tomás Moro un futuro cardenal y no es extraño que con este fin lo mandara a estudiar a la Universidad de Oxford, que en ese tiempo era más bien para jóvenes que pensaban abrazar la vida religiosa.

En 1492 Moro ingresó a Oxford en donde había de permanecer por espacio de dos años, haciendo estudios de retórica y dialéctica, pero lo que lo hacía perder la cabeza, era el griego, pues no había estudio que más le entusiasmara. Su maestro en este tiempo era Grocyn, aunque no está muy clara su historia en este asunto, pues mientras algunos autores dicen que llegó a ser el modelo de los discípulos de Grocyn (6), otros afirman que no supo el griego hasta siete años más tarde, ya siendo estudiante de derecho en Londres, y que en ese tiempo estudió con William Lily, con la ayuda del cual había traducido al latín, la **Antología Griega**.

Estos años pasados en Oxford fueron según dirá más tarde, los años más pobres de su vida. No debemos olvidar que Oxford era una escuela sumamente austera, que aún tenía mucho de la Edad Media, ya que entre otras cosas los alumnos no disponían ni de fuego para calentarse, y en las frías noches de invierno en Londres, los estudiantes de Oxford tenían que correr con el fin de entrar en calor y poder conciliar el sueño. Además de la pobreza de Oxford, la pensión que su padre le daba era tan exigua, que no le alcanzaba para darse el más pequeño gusto, cosa que Moro agradeció sobremanera, ya que gracias a eso tuvo que dedicarse completamente al estudio.

Es aquí en el Castillo de Oxford en donde Moro aprendió esa humildad que no lo hizo enorgullecerse ni aún de sus mayores triunfos, pues la lógica del Castillo era la humildad.

Pero su padre no estaba de acuerdo, pues quería que su primogénito, siguiera sus mismos pasos, y para ello debía de ingresar en alguna de las escuelas de abogados de Londres. Cuando Moro llevaba apenas dos años en Oxford, su padre lo sacó de ahí para que ingresara primero a un colegio de la Cancillería "New Inn" en donde debía aprender las leyes de su país; Moro mostró en este lugar tanto aprovechamiento que al poco tiempo, en la fiesta de la Purificación de 1496, pudo pasar, ganando un pequeño salario, a Lincoln's Inn en donde continuó sus estudios hasta llegar a ser un perfecto abogado (7).

En 1497, John Holt (a quien más tarde Moro escribió su primera carta refiriendo la llegada de Catalina a la corte para ser esposa de Arturo) publicó su gramática llamada **Lac Puerorum** que contenía, tanto en el prelacio como al finalizar, epigramas escritos por Moro; esto nos demuestra que ya a los 19 años Moro gozaba de influencia entre los hombres de letras de su tiempo, no sólo por su innegable conocimiento de la materia, sino también por la amabilidad de su carácter que se hacía querer de cuantos lo conocían. Richard Pace, decía de él; "...su saber es tan variado que no parece haber cosa que ignore, su elocuencia es incomparable y doble porque habla con igual facilidad en latín que en su propio idioma, puede decirse que el humor es su padre y la gracia su madre". (8)

Poco tiempo después, cuando contaba 23 años, fué invitado por Grocyn a dar unas conferencias en la Iglesia de St. Laurence Jewry sobre la **Ciudad de Dios** de San Agustín, tenía Moro ya para esta época bastante popularidad. Además eran sus explicaciones tan claras y dichas con tanta facilidad, que para oírle se congregaba un buen número de eclesiásticos maduros.

Era Moro todavía muy joven, cuando por primera vez Erasmo visitó Inglaterra, Erasmo conoció a Moro por un discípulo suyo, Mountjoy, que era amigo de la familia de Moro y a cuya casa había llegado el ya entonces sabio holandés. Y de este tiempo data la estrecha amistad entre el autor de **El Elcgio de la Locura** y el futuro Lord Canciller de Inglaterra.



En 1501 fué admitido Moro en la Barra; pero esto no le bastaba a su padre, John Moro, que hubiera querido que su hijo sintiese por la carrera de abogado el mismo entusiasmo que él tenía, cosa que no era posible para Tomás Moro que pensaba de muy distinta manera. En primer lugar su interés por los estudios humanistas era enorme, cosa que disgustaba a su padre al grado de que con el fin de que los abandonara dejó de mandarle dinero. Además Moro llegó a pensar con frecuencia en retirarse del mundo para llevar una vida de entrega a Dios, una vida de austeridades. Con este fin vivió durante cuatro años en unas casas que tenían los cartujos para seglares solteros que aspirasen a una vida de mayor perfección. Pero la sociabilidad de Moro no hubiera podido soportar la silenciosa vida de los cartujos.

Otra de las Ordenes que atraía verdaderamente a Tomás Moro es la de los Franciscanos a quienes también trató muy de cerca y es posible que alguna vez pensara en seguir los pasos del Santo de Asís. Es de notar que fueren frailes de estas dos órdenes los únicos que llegaron hasta el martirio por defender la causa de la Iglesia.

Pero la rectitud de Moro nunca le hubiera permitido seguir ese camino más que con una profunda convicción de que era el que Dios le tenía preparado, aunque él sabía que solo entrando de religioso se podría dedicar por completo al estudio de las letras que tanto le agradaban. Recordemos que sus mejores amigos en esta época eran todos religiosos, Erasmo, Linacre, Grocyn, Colt etc. Pero Moro no era capaz de hacerse religioso sólo con ese fin. Sin embargo, dado el carácter y la rectitud de Moro, este problema lo debe de haber consultado y seguramente recibió consejos de John Colet, ya que en una carta que le escribió Moro en 1504 le dice: "...ha sido mi costumbre apoyarme en vuestro prudente consejo, recrearme en vuestra amena compañía, exaltarme con vuestros fuertes sermones, edificarme con vuestra vida y ejemplo, guiarme en fin, por la menor indicación de vuestras opiniones". (9)

También nos hace pensar el que Moro lo consultó con Colet alrededor de la fecha en que escribió esta carta, el que no esperó mucho tiempo para escoger estado, ya que para 1505 lo encontramos casado con Juana Colt, la mayor de las hijas del Caballero John Colt de Nether Hall. Moro que en esta época contaba 27 años y era 10 mayor que su mujer, la llevó a vivir a Buckersbury en Londres, donde se dedicó a enseñarle algo de la cultura que él tenía, pues sin esta era difícil que hubieran llegado a entenderse y a ser felices ya que para Moro cualquier entretenimiento era aburrido y su único recreo eran los ejercicios intelectuales; pero Moro no perdió el tiempo en la enseñanza de su mujer, pues sabemos que cuando alguno de los intelectuales amigos de Moro lo visitaba, cosa que sucedía con suma frecuencia ya que la casa de Moro estaba abierta para cualquier persona que quisiera entrar a ella, Juana su esposa, los recibía hablando en correcto latín y tal vez también los entretenía tocando alguno de los instrumentos que le había enseñado Moro.

El amor que Moro le tuvo a esta su primera esposa, nos lo demuestra al escribir su epitafio 20 años más tarde, la llcma "Uxorcula Mori" (mi mujercita).

Es muy poco lo que conocemos acerca del primer matrimonio de Moro, sabemos que en 1505 estando todavía Erasmo en Londres, nació su hija predilecta Margaret, la que con los años llegaría a ser su única confidente, ya que tenía un carácter tan similar el suyo que se entendían perfectamente bien y solo ella estaba enterada de las rigurosas austeridades a que su padre se sometía, pues no debemos olvidar que ya cuando Moro era estudiante, dormía en tabla y que más tarde a más de flagelarse con frecuencia, usaba una camisa de pelo que le debe de haber producido un constante dolor.

En 1506 nació la segunda de sus hijas Elizabeth y un año después Cecily, no fué hasta 1508 ó 1509 cuando tienen su único hijo John, que debe haber decepcionado un poco a Moro pues nunca tuvo ni la inteligencia ni la facilidad que tenían sus hermanas para aprender toda clase de conocimientos, ya que sabían latín, griego, lógica, filosofía, teología, matemáticas y astronomía. Todo esto lo habían enseñado sabios preceptores; pues Moro había puesto en la educación de sus hijos un amoroso y especial cuidado fijándose además de que al aprender tantas cosas no se fueran a poner orgullosos pues decía que lo que más temía entre las personas que sabían algo, era el "orgullo intelectual". Y así sabemos de una carta escrita a Gunnell, joven eclesiástico preceptor de sus hijas en ese tiempo, en la que le decía: "Cuánto más veo la dificultad de librarse de esta peste del orgullo, tanto mejor comprendo la necesidad de procurarlo desde la niñez. Porque no veo otra razón de que este mal se aferre a nuestros corazones, sino que casi tan pronto como nacemos, lo siembran las ayas en las tiernas mentes de los niños, se lo cultivan sus maestros y sus padres lo llevan hasta su pleno desarrollo; ya que ninguno les enseña lo que es bueno sin despertar al propio tiempo en ellos la esperanza de alabanzas como si éstas fueran la recompensa propia de la virtud. De esta manera nos acostumbramos tanto al elogio, que mientras procuramos agradar a los más (que siempre serán los peces), nos avergonzamos de ser buenos (con los menos).

Para desterrar de mis hijos esta plaga de la vanagloria, deseo que su madre, sus amigos y usted mi querido Grunnell, les canten esta canción, y se la repitan y la inculquen en su mente, que la vanagloria es cosa despreciable y a la que debe escupirse; y que nada hay más sublime que la humilde modestia tan a menudo ensalzada por Cristo. La prudente caridad de usted le valdrá para hacer valer este principio de modo de inculcar la virtud más bien que reprobar el vicio y hacerlos amar el buen consejo en vez de odiarlo. Para este objeto nada servirá mejor que leerles las lecciones de los Antiguos Padres, de quienes ellos saben que no pueden reñirlos y como honran su santidad, por fuerza han de sentir la influencia de su autoridad. Si usted les enseña algo por el estilo, en su debida relación con las

lecciones de Salustio —a Margarita e Isabel, por estar más adelantadas que Juan y Cecilia— quedaremos ellos y yo aún más, endeudados con usted. Y así logrará usted que mis hijos que me son caros por naturaleza, y todavía más por el saber y la virtud, me sean aún más queridos por este aumento de conocimientos y de buena conducta". (10)

Moro se dió cuenta que de la corte no podía esperar nada, desde que en cierta ocasión en que el Rey Enrique VII pidió una gran cantidad de dinero al parlamento para la boda de su hija en Escocia, y Moro, siendo miembro del parlamento, lo convenció con su característica elocuencia de que lo que el Rey pedía era un abuso y que por lo tanto no se le debía conceder. Esto no lo pudo olvidar Enrique VII. Y fué entonces cuando Moro, viendo que no lograría hacer nada en Inglaterra, pensó en marcharse al extranjero; tal vez por este motivo lo encontramos, antes del nacimiento de su hijo John, visitando las Universidades de Lovaina y París que le parecieron muy inferiores a Oxford y Cambridge, pero la muerte de Enrique el 22 de abril de 1509 le hizo cambiar de parecer, ya que el joven Rey Enrique VIII que sólo contaba 18 años subió al trono, y el pueblo inglés lo recibió con alegría porque confiaban en que aquél joven y alegre monarca que no se parecía en nada a su padre les llevaría a la prosperidad y a una felicidad sin límites. Sobre todo los intelectuales tenían grandes esperanzas en este monarca que siempre había mostrado gusto por las letras y por la cultura en general.

En esta época vuelve a Inglaterra uno de los más íntimos amigos de Moro y a quién le debemos el conocimiento de muchos puntos de su vida, Erasmo de Rotterdam. Había vivido con Moro, a raíz de su casamiento con Juana Colt y volvía ahora en el tiempo en que nacía su cuarto hijo. Erasmo había sido llamado por uno de sus amigos, Mountjoy, quien le decía: "Vendréis a ver a un Príncipe que os dirá, acepta nuestra riqueza y se nuestro más grande sabio". (11) Tal vez animado por estas palabras, Erasmo se resolvió a regresar a Inglaterra y en este nuevo viaje escribió la más conocida de sus obras, **El Elogio de la Locura**, que fué ideada al atravesar cabalgando los Alpes Suizos y redactada en la casa de Moro, mientras se reponía de un reumatismo y esperaba la llegada de sus libros sin los cuales no podía hacer otra cosa. Esta obra se la dedicó a Moro y con un juego de palabras se puede decir que en el mismo título llevaba la dedicación, pues *Moriae encomium* se puede traducir como Elogio de Moro o Moro mi amado loco.

Erasmo en Inglaterra aunque no fué llamado por Enrique, ni nombrado el más grande sabio del reino, fué muy bien recibido por los intelectuales y es tenido por varios prelados como Juan Fisher, Obispo de Rochester que fué su principal protector y algunos más que tenían la paciencia de aguantarle todas sus rarezas. Pero con todo y que se le recibió en Cambridge en donde estimuló el estudio del griego, no se sintió satisfecho y se marchó en busca del lugar en donde pudiera ser feliz, y es que Erasmo estaba destinado a ir eternamente de un

lugar a otro y nunca sentirse contento, Chambers dice: "que Erasmo nació para penar como las chispas vuelan hacia arriba". (12)

Erasmo tuvo en Moro la más grande de sus amistades y se puede decir que es del único hombre de quien nunca se quejó y al que alabó en todas las ocasiones que se le presentaron, tanto que al saber su muerte escribió en el prefacio de su libro entre los nombres de amigos que había perdido, "Tomás Moro, Lord Canciller de Inglaterra, cuya alma era más pura que la nieve, cuyo genio era el más grande que jamás tuvo ni tendrá Inglaterra, por sabios que produzca". (13) Estas palabras en boca de un hombre que como Erasmo encontraba defectos en toda la humanidad, nos hacen pensar que verdaderamente no solo el ingenio y la inteligencia de Moro eran dignos de notar, sino que también en lo espiritual poseía grandes dotes no muy comunes en la Inglaterra del XVI, ya que también su párroco, Juan Bouge, dice de él: "Este señor Moro era mi hijo espiritual; en su confesión era tan puro, tan limpio, de tanta conciencia, deliberación y devoción, que pocos he encontrado como él: un caballero de gran saber tanto en leyes como en arte y letras divinas: no hay hombre como él ahora entre los legos". (14)

Erasmo vivió en la casa de Moro desde el otoño de 1509 hasta abril de 1511, en que se trasladó a París para imprimir su libro.

El primer cargo que obtuvo Moro desde la subida al trono de Enrique VIII fué el de Sub-Alguacil de la Ciudad de Londres, que se le otorgó el 3 de septiembre de 1510, de esta época data la gran popularidad que Moro tuvo entre su pueblo, pues en este cargo demostró saberlo comprender y también el interés que siempre había tenido por la gente humilde. El trabajo que implicaba este cargo no era mucho, ya que la corte solo se reunía los jueves y el resto del tiempo lo ocupaba como abogado de comerciantes, que era muy de su gusto y a los que ayudó mucho como nos lo demuestra los varios viajes que emprendió con el fin de arreglar asuntos de éstos, entre los comerciantes flamencos principalmente.

Poco después de que Erasmo dejara Inglaterra en busca de un lugar mejor muere en Bucklesbury la primera esposa de Moro, dejándolo con sus cuatro hijos pequeños y sin poderlos atender, pues su trabajo se lo impide, mucho debe haber pensado Moro en esta época sobre la resolución que debía tomar, pues era tal el cariño que tenía por sus hijos que no era capaz de ponerlos en manos mercenarias. Debemos recordar que Moro había tenido madrastras, y aunque no sabemos nada en lo que se refiere a las dos primeras, deben de haber sido muy buenas, pues de lo contrario nos parece casi imposible el que él les hubiese dado una a sus hijos, pues como ya sabemos poco después de la muerte de Juana Colt, Moro se presentó ante su párroco con una licencia para poder casarse casi inmediatamente con Alice Middleton, mujer más grande que él, viuda con una hija y que en nada se podía comparar a la madre de sus hijos a quien tanto había querido. Es imposible no darse cuenta de que este matrimonio só-

lo lo hizo Moro con el fin de darles a sus hijos una madre que se preocupara de ellos y los atendiera mientras él se encontraba ausente, ya que como dijimos con anterioridad, tuvo que hacer unos viajes en el extranjero para arreglar los asuntos de los comerciantes y más tarde los tendría que hacer como enviado diplomático al servicio del Rey.

Después de su matrimonio volvemos a encontrar a Moro nuevamente como maestro de su esposa, tratando como a la primera de darle una cultura y así la enseñó a tocar diversos instrumentos y también le quiso enseñar latín, pero parece que con ésta no tuvo el mismo éxito que con la anterior, pues no sólo era la señora Alice una mujer ya muy grande, sino que tampoco tenía la docilidad y el buen carácter de Juana Colt, pues tanto Erasmo como otros autores dan a entender que la segunda esposa de Moro era de armas tomar, pero en cambio en lo que se refiere a sus deberes de madre de los pequeños hijos de Moro, y como ama de casa, hasta el mismo Erasmo afirma que la elección había sido buena.

El carácter de Moro no era para vivir amargado y por tanto seguramente fué tan feliz en este matrimonio como en el otro, pues si en el primero tuvo una esposa buena y dulce que lo quiso intensamente y que fué la madre de sus hijos, en el segundo fué una mujer que le educó a esos mismos niños con gran cariño hasta que llegaron a grandes y tenemos la seguridad que tanto a ésta como a la anterior las amó Moro intensamente. Aunque la señora Alice se escandalizara por las cosas de Moro y no pudiera soportar que él usara una camisa de pelo, que hiciera grandes peregrinaciones sin llamar la atención y que fuera tan descuidado que muchas veces se saliera sin sombrero y cosas por el estilo, también debemos comprender que no pensando de la misma manera que él, le molestaran algunas de sus ideas, como por ejemplo el que en su casa tuviera toda clase de animales que Moro coleccionaba, pues lo vemos hasta en el retrato que hizo Holbein (15) de toda la familia reunida, ya que junto a la señora Alice pinta un mono que era uno de los consentidos de Moro.

Sobre este segundo matrimonio de Moro, si estamos bastante documentados, se debe en parte a que ya para esta época Moro empezaba a figurar en la Corte y entonces como era más conocido, la gente se fijaba más en él y en su familia, y también se debe a que fué en esta segunda época cuando lo conocieron, los que habían de ser sus primeros biógrafos, Roper y Rastell, que habían vivido con él en este tiempo y que en cambio de su vida anterior sólo sabían lo que él y sus hijos les habían contado, y ellos, como cuando murió su madre estaban muy pequeños, es seguro que no se acordarían de casi nada.

A Moro a quien le gustaban mucho las bromas, bromeaba frecuentemente con las mujeres incluyendo a su esposa a la que en cierta ocasión al ver el trabajo que se tomaba para arreglarse le dijo: "Verdaderamente señora, si Dios no os da el infierno os causaría gran daño, ya que debe ser vuestro por derecho, pues lo compráis a alto precio y os tomáis gran trabajo por conseguirlo". (16).

Seguramente que con mucha frecuencia Moro le decía a su esposa que se acercara más a Dios y tal vez también que pensara un poco en la muerte, pues nos consta que él la tenía siempre presente, ya que cuando murió Warwick, quien fué públicamente descuartizado, Moro decía: que todos somos prisioneros condenados a muerte. "Todos viajamos en una carreta hacia el lugar de la ejecución, unos un poco más tarde que otros. ¿Por qué preocuparnos de lo que los reyes puedan dar o quitar? Pensad en cosas importantes". (17).

Tal vez por estos motivos al volver su esposa de confesarse, le dijo en cierta ocasión que se alegrase "pues en este día he dejado toda mi maldad y comenzaré de nuevo". (18).

### AL SERVICIO DEL REY

No pasaba aún el entusiasmo y la alegría que al pueblo inglés ocasionó la subida al trono de aquel joven monarca, diestro en toda clase de deportes y con una instrucción y una cultura muy superior a la de sus antecesores, cuando contrajo matrimonio con la hija de los Reyes Católicos, cosa que sólo pudo llevarse al cabo mediante una dispensa del Jefe de la Iglesia Católica, pues Catalina se había casado con anterioridad con el hermano de Enrique, Arturo, que había muerto antes de consumar el matrimonio.

El pueblo inglés cifraba sus esperanzas en este matrimonio que esperaba había de ser feliz, con todo y que Catalina era seis años mayor que Enrique, y con un carácter mucho más serio que el suyo, debido a que hasta ahora su vida había estado llena de contratiempos, en cambio Enrique parecía el niño mimado de la fortuna.

Algunos autores dicen que Enrique comenzó a dudar de la validez de su matrimonio, al ver que no llegaba el tan esperado heredero, pues hasta 1514 había tenido Catalina cuatro hijos, pero todos habían nacido muertos. Dos años después nace la Princesa María, y con ella renacen todas las esperanzas de Enrique, pensando que después de María vendría el hijo que lo podría suceder en el trono, pues se consideraba en aquella época que ninguna mujer haría un buen papel como gobernante de una nación, pues no hay que olvidar que nos encontramos en la primera mitad del siglo XVI e Inglaterra aún no veía cómo iba a progresar durante el reinado de algunas mujeres.

Pero en 1522 se perdió toda esperanza de que Catalina tuviera un hijo varón, y a raíz de esto, hizo su aparición en Inglaterra Ana Bolena, mujer dominante que atraería sobre sí, durante los 10 años siguientes las miradas de toda Europa.

Algunos autores dicen que la misma educación cristiana que recibió Enrique VIII le hizo dudar ante las frecuentes muertes de sus hijos, que su matrimonio con Catalina era inválido, y que como se encontraba en pecado Dios lo castigaba negándole un heredero. Esta teoría, hecha nada más con el fin de defender a Enrique, cae por sus mismos puntos, pues si como sabemos la educación que recibió Enrique, no fué la de un niño que sería coronado Rey, sino la de uno

que estaba destinado al servicio de Dios, no podía dudar de la validez de su matrimonio, sabiendo que el Papa Julio II, lo había permitido. Lo que sucede es que el carácter débil de este monarca y la pasión que sentía por Ana Bolena, fué la causa de que llegara a tales extremos, y creo que en este caso no hay disculpa que valga, pues un rey, que no se sabe dominar ni siquiera estando de por medio los asuntos de estado, es una nulidad.

Bajo las órdenes de este monarca, estuvo Tomás Moro durante los últimos 15 años de su vida. Pues desde 1515, época en que por primera vez se le envió al Continente, para arreglar los privilegios mercantiles de los comerciantes de Londres, empezó a ser llamado por el Rey a instigación del Cardenal Wolsey para entrar a su servicio. Moro por esta vez se negó diciendo que prefería seguir en su cargo de sub-alguacil; pero cuando en 1516 defendió un caso en el tribunal de la Cámara de la Estrella ante el Cardenal Wolsey; y cuando un año más tarde al estallar en Londres los tumultos contra los artesanos franceses y flamencos, fué Moro, llamado por el Alcalde Mayor y los comerciantes, el que logró calmar un poco a la chusma, (la cual lo nombró el héroe del "Mal día de Mayo") ya para entonces, Moro no se pudo negar al empeño del Cardenal del Rey, y entró al servicio de éste, pero no antes de decirle que lo serviría mientras su conciencia no le mandara otra cosa. A lo que Enrique le contestó que "en todos sus actos y gestiones al servicio del Rey, respetara y obedeciera a Dios y después al Rey su amo", (19) cosa que Moro siguió al pie de la letra como nos lo demuestra el que en cierta ocasión en que se encontraba oyendo Misa, recibió varios mensajes del rey, ordenándole que acudiera inmediatamente, y Moro se negó a partir hasta que hubo terminado la Misa, y el rey aceptó de buena gana esta negativa.

Este mismo año 1517 fué nuevamente enviado al Continente para otros asuntos de los comerciantes, que también fué arreglado satisfactoriamente, y a su regreso, se encontró con que había en Londres la plaga del Mal sudorífero, que acabó con gran parte de la población. Moro fué encargado de limpiar Oxford de la plaga, marcando las casas infectadas y evitando el que la persona que cuidara enfermos llevara el contagio a otras partes.

En el Consejo Privado del Rey, se le nombró jefe de peticiones, cargo que desempeñó con todo cuidado, y que en realidad le agradaba mucho, aunque le dolió el tener que renunciar a su puesto de Sub-alguacil de Londres, y más todavía, al tenerse que trasladar a la corte, dejando a los suyos, de quienes le costaba mucho estar separado pero el rey lo tenía en tanta estima, que lo nombró entre todos los miembros del Consejo Privado, uno de los cuatro que debían permanecer siempre con él, pues le deleitaba su conversación de tal manera que a la hora de las comidas de Enrique y la reina, le mandaba llamar para que los acompañara, tanto que Moro se tornaba aburrido para que el rey lo despidiera y pudiera estar, aunque sólo fuera unos minutos en compañía de su familia.

Wolsey participó en la pacificación de 1518, por lo que Moro que era un entusiasta de la paz, no tanto por ser un humanista sino también por su carácter personal, pues pensaba que estas guerras no sólo eran unas matanzas inútiles, muy criticadas por él en *Utopía*, sino que también iban en contra de la Cristiandad, pues el que debía defender al mundo deteniendo el avance turco era Carlos V, y mientras éste no dejara de pelear con Francisco I los turcos seguirían tomando ventaja sobre la Cristiandad. Además la paz era muy deseada por los humanistas, que pensaban que teniéndola, podía reinar la sabiduría y por medio del estudio y de la razón reformar todo lo que hiciera falta. Fueron tales las esperanzas de los humanistas en esta momentánea paz, que Erasmo escribe hablando de la corte del Rey, como si ya fuera el reinado del saber, pues dice: "Moro se ha convertido en un cortesano puro y sencillo, siempre con el rey, en cuyo consejo él está, y otra vez yo debía entristecerme por lo que le ha acontecido a Moro, que ha sido atraído a la vida de la corte, si no fuese porque está bajo tal rey y con tan sabios colegas, que parece más una Universidad, que una corte". (20).

Pero las guerras no habían tenido para Moro ni siquiera la tregua de 1518, pues desde el primero de noviembre de 1517, había fijado Lutero sus 95 tesis en la puerta del Castillo de Wittemberg, y para Moro, tan acostumbrado a ver siempre las consecuencias que cualquier hecho podría traer, este acto de Lutero debe de haberle preocupado sobremanera, pues se daba cuenta de que la gente se había enfriado en el amor a Dios.

En abril de 1521 hizo Lutero su gran defensa ante la Dieta, y poco después, el día de mayo del mismo año, Moro obtuvo el cargo de Sub-tesoroero de la corte y en ese mismo mes fueron quemados los libros de Lutero en el Cementerio de San Pablo. En respuesta a uno de estos libros de Lutero, a *La Captividad Babilónica de la Iglesia*, escribió Enrique VIII su *Aserción de los Siete Sacramentos*, por lo que obtuvo del Santo Padre el título de Defensor de la Fe, que en esa época se enorgullecía de tener y que pocos años más tarde, arrepentido de haberlo escrito culpaba a Moro "por haberle villana y traidoramente, provocado a escribir el libro en apoyo de la autoridad Papal" (21) lo que Moro negó diciendo que el mismo Enrique sabía que eso no era cierto. Sabemos que dos años más tarde, le escribió a Lutero bajo el pseudónimo de Rosseus, defendiendo a Enrique de los insultos que Lutero le había dicho y al mismo tiempo hablando del Protestantismo como de una plaga que estaba sufriendo Alemania, pero que a Inglaterra no había llegado. En esto Moro estaba equivocando pues ya para esa época, había varios pequeños comerciantes, que con el fin de tener un secreto, o sólo por el placer de sentirse importantes, se decían lutejanos, y estas doctrinas las oían de los mercaderes alemanes ya por medio de folletos o de conversaciones con ellos.

Ya desde esta época empezaron los crímenes de Enrique, matando a toda persona que veía apta para subir al trono, pues como no tenía descendiente varón, esto lo atormentaba constantemente y por



ese fin, mandó matar a un noble muy querido del pueblo, el Duque de Buckingham, el cual tenía sangre real por ser descendiente de Eduardo III.

Moro en esta época se puede decir que tenía también el cargo de orador ya que en el recibimiento de cualquier visitante, él era el encargado de darle la bienvenida, como lo hizo con el enviado del Papa, el Cardenal Campegió, que venía a pedir ayuda contra el turco. También lo hizo en la visita de Francisco I y después con la de Carlos V.

Fué también miembro del Parlamento, pues en el que convocó Wosley el 5 de abril de 1523, Moro fué nombrado presidente de la Cámara de los Comunes.

Con todo y que los ingleses al mando de Surrey, el Lord Almirante que más tarde sería Duque de Norfolk, estaban arrasando a toda Francia, Enrique no la conquistó, sino que el ejército se retiró sin ninguna batalla decisiva con todo y que Wosley le escribió al rey diciéndole que nunca "se habría dado oportunidad semejante para la conquista de Francia" (22).

En febrero de 1525, los soldados alemanes derrotan a Francisco I en Pavia y lo llevan prisionero al Emperador. Al tenerse noticias de esto en Inglaterra, se piensa en ponerse en comunicación con Carlos V con el fin de sacar alguna ganancia. Enrique piensa enviar a Moro, pero éste se niega alegando que no se encuentra en condiciones de emprender ese largo viaje. Son mandados como embajadores Tunstall y Sir Richard Wingfield, que no sólo no tienen ningún éxito sino que con las incomodidades del viaje muere Sir Richard, dejando el puesto de Canciller del Ducado de Lancaster, que le es concedido a Moro, que poco después renuncia a su cargo de Sub-tesorero.

Se sabe después que Francisco I y Carlos V están dispuestos a firmar la paz. Y son enviados como representantes del Rey de Inglaterra a esta junta, Moro y Tunstall. Es en este tratado de Calais en el que Moro hace un papel de suma importancia pues no sólo logra una honorable paz entre el Rey de Francia y el Emperador, sino que además muy ventajosa para los comerciantes ingleses. Este fué uno de los más grandes éxitos diplomáticos de Moro.

El luteranismo ya había empezado a tomar forma en Inglaterra, debido principalmente a que entre el Clero algunos aceptaron estas doctrinas, como Hugh Latimer, Tomás Bilney, el agustino Barnes y Guillermo Tyndale que más tarde sería llamado por Moro "El Capitán de los herejes ingleses", ya que se encargaba de hacer ejemplares del Nuevo Testamento en los que introducía pequeños trozos que aunque a simple vista parecían correctos, si se profundizaba un poco, se veía que podían ser causa de nuevas interpretaciones del texto. Fué Tyndale uno de los herejes que más trabajo le dió a Moro, pues en refutar sus libros ocupó Moro la mayor parte de su tiempo.

La herejía era considerada por Moro como la más grande ofensa que se le podía hacer a Dios, y no obstante le iba a tocar muy de

cerca, pues Roper, el esposo de la más querida de sus hijas, leyó los libros de Lutero y los creyó, y como no era un hombre mediocre, sino de un carácter decisivo, no se conformó con creerlas sino que por todas partes publicaba su adhesión a tales doctrinas, hasta que fué citado por Wolsey para que en unión de Barnes compareciera ante un tribunal; fué borrado de la lista a petición de Moro que se dedicó a convencerlo de la falsedad de esa doctrina por medio de la lógica, pero no logró nada. Este golpe debe haber convencido a Moro plenamente de lo peligroso del Luteranismo. Pero ya que consideró que en lo que se refería a Roper, había fracasado, no volvió a hablar con él sobre este asunto, pero se dedicó a pedirle a Dios encarecidamente que le devolviera la fe, como en efecto lo hizo, volviendo Moro a tener paz por lo menos en lo que se refería a los de su casa.

Cuando en 1526 comenzaron a entrar en Inglaterra ediciones del Nuevo Testamento de Tyndale, no se pensó que fueran malas, hasta poco tiempo después en que el mismo Wolsey las mandó quemar.

Los Obispos de diversos lugares de Inglaterra acudieron a Moro para que les ayudase escribiendo en defensa de la Iglesia, y él comprendió que era de los más indicados para hacerlo, debido a que no era religioso y a que tenía mucha influencia, por esto se dedicó a escribir sin descansar hasta que fué conducido preso a la Torre de Londres. Por sus escritos en favor de la Iglesia, lo llamaban sus enemigos "El procurador del Obispo".

El primer escrito de Moro atacando las doctrinas heréticas, fué el **Diálogo**, que consiste en una conversación entre un mensajero que le hace preguntas sobre la nueva doctrina, a lo que él le contesta, hablando claramente de lo que son estas doctrinas. En respuesta a este Diálogo, Tyndale escribe su **Réplica al Diálogo de Sir Tomás Moro** en la que lo amenaza con una mala muerte. Los dos disputaban muchas veces usando toda clase de bromas y dice Sargent que Moro nunca las decía para librarse del esfuerzo intelectual, como maliciosamente refutaba Tyndale los serios problemas que Moro le exponía.

Moro contestó esta Réplica con su **Refutación** que es una obra voluminosa, ya que contiene nueve libros, Moro se excusa diciendo que "es más fácil escribir herejías que refutarlas". (23).

No sólo contra Tyndale escribió Moro en esta época, sino que su **Súplica de las Almas** fué para refutar la **Súplica de los Pordioseros** de un abogado, Simón Fish, que hablaba de repartir entre los pobres los bienes del Clero. Moro en esta obra habla en nombre de las almas del purgatorio, las cuales pedían que se ocuparan de ellas, cosa que no podría ser si se suprimía como quería Fish, los Chantres estipendiados que ruegan por las almas. Este abogado, volvió más tarde a la fe católica.

Con el fin de refutar a otro abogado, Christopher Saint-German que había escrito un tratado sobre la división de los poderes temporal y espiritual, y luego **Salem y Bizancio**, escribió Moro la mitad de su **Apología** y otra obra titulada la **Debelación de Salem y Bizancio**.

A un cura de nombre Frith que atacó la Sagrada Eucaristía, lo metió Moro en la Torre de Londres.

Los últimos tres libros, Moro los escribió en 1533, época en la que ya había renunciado a la Cancillería y se encontraba retirado en su casa. El Clero hizo una colecta con el fin de premiarlo por sus defensas a la Iglesia, pero Moro hubiera dejado de ser Moro, si la aceptaba, con todo y que ya en este tiempo no era un hombre, ni rico, ni joven, ni influyente. Mucho se le atacó por el supuesto rigor con que trató a los herejes, pero yo creo que este punto ya está bastante claro desde el momento en que habiendo caído Moro del favor del Rey y pidiendo que se le entregaran pruebas de lo que lo acusaban, no entregaron ninguna, cosa que habla mucho a favor de Moro.

El 25 de octubre de 1529 recibió Moro el sello de Canciller. Wolsey había sido retirado por el rey por causa de su fracaso al intentar la anulación del matrimonio de Enrique con Catalina, pues en julio de 1529 el Papa Clemente VII le retiró el papel de comisionado Papal, diciendo que el asunto se resolvería mejor en Roma. Como para esta época ya no le importaba a Enrique otra cosa que no fuera su matrimonio con Ana Bolena y por eso era capaz de llegar, como en efecto lo hizo, a los más grandes excesos de crueldad, ya que no sólo mandó al patíbulo a los que se le opusieron, sino que rompió con la tradición de su pueblo al separarse de la Iglesia católica, y los crímenes cometidos durante los 25 años que siguieron a esto, hacen de Enrique VIII un hombre que será visto con horror en la historia del mundo; y después no respetó ni a la causante de todo esto, Ana Bolena, que también subió al patíbulo, como el hombre que por el bien de Inglaterra no se había puesto de su lado. La diferencia entre ellos es: que Ana Bolena no es para la historia sino la segunda esposa de Enrique VIII y el nombre de Tomás Moro será considerado siempre como el de un héroe en la historia no sólo de Inglaterra sino de toda la Cristiandad.

En vista del fracaso del Cardenal Wolsey, el Rey quiso ganarse a Moro para que lo ayudara en su asunto, pero Moro nunca quiso intervenir en él; decía que el Rey ya sabía lo que él pensaba.

Moro, como canciller, sólo heredó una de todas las tareas de Wolsey, la de impartir justicia, y se dedicó completamente a ello, de tal manera que al retirarse no dejó una sola causa pendiente, por lo que el pueblo decía: Cuando Moro fué canciller —liquidó todas las causas, —cosa así no volveremos a ver —hasta que de nuevo sea Moro canciller. La lucha de Moro en esta época debe de haber sido terrible, ya que como portavoz del Rey, al decir lo que le mandaba, daba a veces la impresión de que estaba de acuerdo con él: como cuando leyó ante el parlamento el fallo que las Universidades europeas dieron ante la pregunta que se les hizo sobre el matrimonio del Rey, Moro leyó las cartas de aprobación y no pudo decir el dinero que había costado el fallo de las dichas Universidades. Esto fué hecho para desafiar al Papa, pero él no se alteró, ni después cuando se le amenazó con despojar a la Iglesia de sus bienes y de sus libertades. Hubo

una tercer amenaza, que venía desde el tiempo en que el Cardenal Wolsey por salvar su vida, se acusó culpable de transgredir la Ley de 1333 en que se limitaba el poder del Papa para intervenir en Inglaterra contra la voluntad del Rey. Enrique había dicho que junto con Wolsey toda la Nación era culpable; después perdonó a todos menos al Clero, al cual en enero de 1531 se le recordó que aún era culpable. El Clero hizo dos ofertas para obtener el perdón del Rey, pero no fueron aceptadas y el 15 de mayo de 1532, el Clero realizó su completa rendición a Enrique. Al día siguiente Moro renunció a la Cancillería excusándose de no poder trabajar debido a una enfermedad del pecho que se lo impedía. Enrique, aunque disgustado aceptó su renuncia y fué nombrado en su lugar Lord Audeley.

Los Obispos que habían aceptado a Enrique VIII como Jefe de la Iglesia, no eran teólogos sino juristas canónicos, ya muy grandes y que se sentían obligados al Rey por haberlos elevado recientemente al episcopado; es muy de sentir la debilidad de estos Obispos a cuyo lado resalta la fuerza de carácter del único que protestó: Juan Fisher, Obispo de la más pobre de las Diócesis, la de Rechester. Y hay que notar que era el único teólogo. Murió en el patíbulo dos semanas antes que Tomás Moro, el 22 de junio de 1535.

Después de retirarse de la Cancillería, Moro se dedicó como ya dije anteriormente a escribir contra los herejes, aunque esto le duró poco tiempo pues estaba rodeado de enemigos, ya que el partido de Ana Bolena sabía que Moro no la apoyaba y por ese fin buscaban toda clase de motivos para perderlo. Primero lo acusaron de faltas de honradez durante el tiempo que duró como Canciller, Moro se libró fácilmente de estas calumnias, pues sus enemigos no pudieron presentar pruebas y el buen humor de Moro hizo que la gente se riera junto con él de tales acusaciones. Pero no fué ésta la única, en la Navidad de 1533, después del nacimiento de la futura reina Isabel, se hicieron nueve artículos en los que se prohibía toda relación con Roma, es decir, se rompía definitivamente con el Papa. Moro fué acusado de ser el autor de un folleto que salió atacando estos artículos. A esta acusación respondió que él no había hecho tal artículo, pues no se consideraba con suficiente conocimiento para juzgar. Moro comprendió que sería irremisiblemente condenado a muerte, pero esto no le preocupaba sobremanera, ya que la idea de la muerte nunca le había impresionado, pues sabía que llegaría en cualquier momento y estaba preparado para recibirla, tanto que más tarde, al decirle el Duque de Norfolk que enfrentarse al Rey era la muerte, él le respondió "¿Eso es todo señor?, pues entonces la única diferencia entre vuestra Gracia y yo es que yo moriré hoy y usted mañana". (24).

Había por entonces, una monja Benedictina, Isabel Barton, que había sido conocida tanto por Moro como por Fisher y que por atacar abiertamente el matrimonio del Rey fué condenada a muerte junto con los que la rodeaban, pues Cromwell la acusó de querer hacer una conspiración. Entre los conspiradores se encontraban Juan Fisher y Tomás Moro. Moro le escribió a Cromwell y al Rey alegando su ino-

cencia ante esas acusaciones, inocencia que el mundo entero conocía. Pero Cromwell no quiso ceder y Moro entonces pidió ser oído por la Cámara de los Lores, los cuales sabiendo que no era culpable y que no podrían hacer otra cosa que perdonarlo, le pidieron al Rey de rodillas que lo borrara de la lista, y el Rey de mala gana lo hizo, pues se dió cuenta de que por esta vez el pájaro se había escapado. Cuando le avisaron a Moro que había sido borrado lo mismo que Fisher del decreto, dijo que el mal no había sido eliminado, sino sólo diferido, en lo que tenía mucha razón, pues en Marzo de 1534 se publicó un decreto que debía ser jurado por todos los habitantes del reino y en el que se le negaba el derecho de sucesión al trono a la hija de Catalina para concedérselo a la de Ana Bolena. Pero el juramento estaba hecho de tal manera, que había que aceptar la supremacía de Enrique sobre la Iglesia inglesa, y es en esto en lo que cogieron a Moro. El 12 de abril de 1534 recibió la noticia de que tenía que comparecer para jurar el decreto ante los comisionados de Lambeth. Desde ese momento tuvo Moro la seguridad de que era un condenado a muerte, pues al día siguiente se confesó y comulgó como lo hacía siempre que tenía que resolver algún grave problema, y al salir de su casa se despidió de su familia no permitiendo que lo acompañaran, y únicamente con Roper se embarcó y se dirigió a jurar el documento.

Al presentarle el decreto para que lo leyera antes de jurarlo, Moro se dió cuenta de que tendría que negar la supremacía del Papa, y les dijo que como súbdito que era del Rey al que le debía obediencia, estaba dispuesto a jurar lo de la sucesión de Isabel al trono, pero que su conciencia le impedía considerar a Enrique como jefe de la Iglesia, ya que al jurar tal cosa ponía en peligro su alma. El Arzobispo de Canterbury le dijo que si estaba seguro de la obediencia que le debía al Rey, "¿no era más prudente hacer lo que estaba seguro y olvidarse de lo dudoso?", a esto Moro le respondió, preguntándole irónicamente: ¿Querría decir esto que donde hubiera una disputa teológica el mandato del Rey resolvería todas las dudas?". (25). Cranmer pensó entonces que se les permitiera a Moro y a Fisher, jurar solamente la sucesión de Isabel al trono, pero esto no fué aceptado por Enrique. Por este motivo el 17 de abril de 1534 Moro fué conducido a la Torre de Londres. Ya en la Torre, tiene que luchar contra todo el mundo, pues nadie comprendía cómo era posible que se siguiera negando a algo que ya todo el mundo había aceptado. Su propia hija, Margarita, que siempre se había mostrado tan comprensiva con él, tal vez por lo que le dolía el pensar en su muerte, trataba por todos los medios posibles de convencerlo de que era una tontería lo que estaba haciendo. A Moro le dolía muchísimo, pues a más de las luchas que tenía consigo mismo, las personas que lo podían ayudar no lo hacían, sino que también de ellas se tenía que defender.

Al principio, Moro gozó en la torre de cierta libertad, pues se le permitía escribir lo que quisiera, le dejaron algunos libros y Margaret y su esposa lo podían ver de vez en cuando. Estas visitas las permitía Cromwell porque sabía que eran para Moro una tentación, pero cuan-

do se dió cuenta de que con eso no lograba nada, entonces le prohibió toda libertad y fué encerrado en uno de los más incómodos calabozos, la comida que le daban era tan mala que el mismo carcelero se openaba de llevársela, se le negó lo necesario para escribir, por lo que sus últimas cartas las escribió con un carbón. Pero nada lo hacía perder su buen humor: ni la inmovilidad en que se encontraba, ni el rigor del clima, ni lo pavoroso del encerramiento, ni los cálculos biliares que lo molestaban a menudo, ni los calambres que padecía en las piernas. Varias veces fué citado con el fin de que declarara alguna cosa por la que pudieran condenarlo, pero la prudencia de Tomás Moro, les impidió cogerlo en ninguna indiscreción.

Margarita pidió permiso a Cromwell para visitar a su padre, y le fué concedido para el día 4 de mayo, con el fin de que estando Moro en compañía de su hija presenciaran la salida de los cartujos que serían llevados a Tyburn en donde se les extraerían las entrañas. Eran éstos los priores de las Cartujas de Axholme (Condado de Lincoln), de Beauvale ((en Nottingham) y Richard Reynolds del Monasterio de Licn. Fueron sacados de la Torre en unas ccanstas, al verlos Margarita se asustó mucho, pensando en el próximo fin que le esperaba a su padre, pero Moro admirando su serenidad le dijo: "Cuán grande diferencia hay entre los que han pasado su vida en trabajos y penitencias religiosas, y los que en el mundo la han consumido (como tu pobre padre) en placeres y comodidades". (26) Al hablar así, podía engañar Moro a los que no conocían su vida, pero no fué la comodidad y el placer lo que invadió sus años; fué el deber y la lucha por cumplirlo, a pesar de todo y contra todo, pues él mismo confiesa que no tenía tiempo ni para escribir, cosa que le agradaba sobremanera.

Después de la muerte de los cartujos, fueron nuevamente examinados Fisher y Moro, pero ninguno de los dos había cambiado sus respuestas.

El 11 de junio, otro grupo de cartujos es llevado a sufrir la misma suerte que sus hermanos, y el 14 de junio, Fisher fué vuelto a juzgar y al fin condenado a muerte, basándose para esto en una respuesta dada por él a Rich, que se la pidió bajo secreto para todos menos para el Rey. El 22 de junio fué degollado y su cabeza fué puesta sobre el puente de Londres. Ocho días después, Moro compareció ante un jurado y tuvo que oír una larga serie de acusaciones, al final de las cuáles le preguntó el Duque de Norfolk si estaba dispuesto a revocar su opinión, Moro le contestó, que le pedía a Dios que se la conservara recta hasta el último instante y que debido a su debilidad, no se creía capaz de poder contestar a todo de lo que se le acusaba. Ya que el jurado lo declaró culpable, entonces habló y dijo que así como San Pablo cuidó las ropas de los que apedreaban a San Esteban y luego ambos se encontraron en el cielo, así confiaba en que todos se encontrarían felices en el cielo. De regreso a la Torre, tuvo que usar de su voluntad para no llorar cuando su hijo Juan, llorando le pidió su bendición y cuando más

adelante los que lo conducían, tuvieron que retirar a Margarita que bañada en lágrimas se abrazaba de él.

El 6 de julio a las 9 de la mañana, Moro sin perder la serenidad subió al patíbulo, y ni siquiera ahí perdió su buen humor, ya que debido a la debilidad en que se encontraba le pidió al verdugo que lo ayudara a subir, diciendo que de la bajada ya se encargaría él solo. Las últimas palabras que pronunció, podían resumir toda su vida, pues dijo: "Muero leal a Dios y al Rey, pero a Dios ante todo". (27) Después de esto, cayó bajo el hacha del verdugo, una de las cabezas más bien puestas de los albores del siglo.

Tomás Moro fué un caballero y un mártir. La posteridad, que olvida muchas cosas sigue recordando su virilidad y su nobleza.

## NOTAS

- 1.—Chambers R. W., **Tomás Moro**, Acto I, pág. 47.
- 2.—Sargent Daniel, **Tomás Moro**, Cap. I, pág. 15.
- 3.—Chambers, Op. cit., pág. 54.
- 4.—Sargent, Op. cit., pág. 16.
- 5.—Ibid, pág. 19.
- 6.—Ibid, pág. 25.
- 7.—Ibid, pág. 26.
- 8.—Ibid, Cap. II, pág. 32.
- 9.—Ibid, pág. 45.
- 10.—Ibid, Cap. IV, pág. 98.
- 11.—Chambers, Op. cit., Acto II, pág. 97.
- 12.—Ibid, pág. 66.
- 13.—**La De ratione concienandi o Ecclesiastés**, Basilea, 1535. Cit por Chambers, pág. 70.
- 14.—Sargent, Op. cit., Cap. III, pág. 65.
- 15.—Dibujo de Holbein, que se encuentra en la Galería de Basilea.
- 16.—Chambers, Op. cit., Acto II, pág. 108.
- 17.—Sargent, Op. cit., Cap. II, pág. 38.
- 18.—Chambers, Op. cit., Acto II, págs. 107-108.
- 19.—Sargent, Op. cit., Cap. V, pág. 118.
- 20.—Allen, III, Nos. 816, 829, 832 (17, 23, 24 de Abril 1518) cit. por Chambers, Acto III, pág. 171.
- 21.—Roper pp. 67-8 cit. por Chambers, Acto III, pág. 195.
- 22.—"Papeles de Estado", I, pág. 143. cit. por Chambers, Acto III, pág. 212.
- 23.—Sargent, Op. cit. Cap. VII, pág. 185.
- 24.—Roper, pp. 71-2, cit. por Chambers, Acto V, pág. 303.
- 25.—Sargent, Op. cit. Cap. X, pág. 266.
- 26.—Roper, pp. 80-1, cit. por Chambers, Acto V, pág. 328.
- 27.—Stapleton, XX, p. 352, cit. por Chambers, Acto III, pág. 159.



## CAPITULO II.

### UTOPIA.

Moro en cierta ocasión fué enviado a los Países Bajos para que arreglara los asuntos de los comerciantes ingleses en Flandes, tenía que tratar con el joven Duque de Borgoña, que en aquel tiempo sólo contaba 15 años, pero que después llegaría a ser el Gran Emperador de Alemania, Carlos V. Hacía poco tiempo se había publicado **El Elogio de la Lección** de Erasmo (1) y entre los intelectuales era el tópic de todas las conversaciones, era una obra sumamente atacada debido a su difícil comprensión, ya que la mayoría no le encontraba ningún sentido. Moro que la conocía a fondo, hablaba frecuentemente de ella en defensa de Erasmo, y lo hacía tan bien, que hasta los más renuentes llegaban a comprender y admirar la obra del humanista holandés. Moro en este viaje fué alabado como hasta entonces nunca lo había sido en su país; alababan su ingenio, su elocuencia y su maravilloso conocimiento de latín y griego. Por entonces, había aparecido un libro, **Los Viajes de Américo Vespucio** (2) que estaba relatado en forma de un cuento maravilloso y hablaba de un lugar pintoresco en el que vivían gentes desconocidas que no tenían ninguno de los adelantos de la ciencia europea de aquel entonces. El interés que ocasionó este libro le hizo concebir a Moro la idea de escribir algo interesante sobre un lugar fingido por su imaginación y en el que la razón regiera todos los actos de los hombres. Piensa situar este lugar en América, ya que debido a su reciente descubrimiento el mundo lee con interés todo lo que hable de esas tierras fabulosas, en las que la gente le teme al hombre blanco porque va vestido y huye ante los caballos creyendo que son monstruos, pues cree que el animal y el hombre que lleva encima son una misma cosa. Al mismo tiempo en muchas de sus relaciones geográficas parece que habla de Inglaterra, ya que Utopía no forma parte del Continente sino que es una isla.

Escribe la primera parte de su libro en Bélgica, y como quiere hacer algo divertido, no profundiza tanto como en la segunda parte, que la escribe en Inglaterra, dándose cuenta de los problemas de su época y trata de corregirlos al criticarlos por boca de Rafael Hytlodeo y también al explicar el régimen de vida Utópico. Pero al pu-

blicar su libro, pone esta segunda parte al principio, y la que escribió primero la pone en segundo lugar.

La Utopía empieza haciendo un relato de su encuentro en Bruselas con Pedro Giles, el cual le presenta a Rafael Hytlodeo, marino de origen portugués que había viajado mucho con Américo Vesputio, quien en cierta ocasión había dejado a varios hombres en un fuerte; y con seis de estos hombres, se dedicó Rafael a viajar. En estos viajes conocieron estados populosos y bien gobernadas ciudades, algunas de las cuales comerciaban con el interior de su país, y también con ciudades más retiradas, aunque ellos nunca se alejaban demasiado, pues no obstante conocer perfectamente bien los secretos del cielo, temían perderse pues hay que añadir que jamás habían visto una brújula.

Contaba Rafael que algunas de las instituciones de estos pueblos eran tan malas como las inglesas, pero sin embargo, muchas de sus leyes y ordenanzas podían hacer mucho bien en Inglaterra.

Rafael no sólo se funda en las leyes de Utopía para criticar las de Inglaterra, sino también las de otros lugares por él visitados. Así tenemos que critica el que se castigue tan duro a los ladrones, por ejemplo, mutilándolos, pues dice que con esto el hombre no puede trabajar y es esta una de las causas de que siga robando. Pone de ejemplo a los hombres de un pueblo de Persia, los Polieritas que castigan al ladrón, haciéndole devolver lo robado, vistiéndolos del mismo color a todos, no permitiéndoles volver a poseer dinero, cercenándoles una oreja y haciéndolos trabajar como jornaleros en obras públicas.

Critica también Rafael las inútiles guerras del Rey de Francia, pues dice que si él fuera su consejero, le diría que debían abandonar esas guerras con las cuales lo único que iban a lograr era destruirse mutuamente, y que ya no debía extender más sus dominios, pues ya no podían ser gobernados por un solo hombre.

Dice: "que dondequiera que exista la propiedad privada, donde todas las cosas se miden por dinero, no se podrá lograr que en el Estado reinen la justicia y la prosperidad sociales, a menos de considerar equitativa una sociedad en que lo mejor pertenece a los pobres, y próspero y feliz un país en que la fortuna pública está repartida entre un puñado de individuos insociables, entregados a lujos y placeres, mientras la mayoría vive en la más profunda miseria." (3).

Utopía no era una isla, estaba unida al Continente por un Istmo de 15 millas, pero Utópo que la conquistó y le dió su nombre, la separó del Continente y ahora es una isla formada por 54 ciudades, separadas entre sí por 24 millas y todas construídas con el mismo plano, por lo que son sumamente semejantes entre sí.

La sociedad está fundada en la familia y constituida de la siguiente manera: Cada 30 familias, son dirigidas por un filarca que

es elegido anualmente entre sus miembros, 10 filarcas con sus 30 familias obedecen a un protofilarca. Los filarcas después de un juramento en el que se comprometen a escoger al mejor, votan por uno de los cuatro candidatos para Príncipe que han sido previamente votados por el pueblo.

El Príncipe es vitalicio y los protafilarcas casi siempre son reelegidos, pero a los filarcas se les renueva cada año.

"Los Utópicos aplican así el principio de la posesión colectiva. Con el fin de destruir hasta la idea misma de la propiedad individual, cámbianse de casa cada diez años, previo sorteo". (4) Las casas tienen dos puertas por las que puede entrar cualquiera, una de ellas da a la calle y la otra al jardín. Todas las casas tienen hermosos jardines, y hacen verdaderas competencias obteniendo un premio el que esté mejor cultivado.

En las familias por lo general, los hijos adoptan el oficio de los padres, pero no se les fuerzan sus inclinaciones pues si un chico quiere seguir otro oficio que no es el de su padre, es adoptado por alguien que practique el oficio que a él le agrada. Sólo para dedicarse a las letras no se da libertad, sino que se les exige que tengan cualidades especiales, y aún entre éstos sólo se permite que estudien los que salen sorteados después de una votación secreta de los filarcas. Se les escoge mucho, no sólo porque quedan exentos de trabajar, sino también porque entre estos letrados se elegirá a los que han de actuar en los puestos más importantes, como son los sacerdotes, los embajadores, los protafilarcas y el mismo Príncipe.

Además se les exige a todos los miembros de la familia, el ser agricultores, ya que "todos los años, veinte cultivadores de cada familia regresan a la ciudad, después de haber pasado dos años en el campo. Son reemplazados por otros veinte que ignoran aún las faenas rurales y son enseñados por aquéllos que ya tienen cumplido un año de servicio agrícola. Los recién llegados, a su vez, instruirán a los que lleguen al año siguiente. Evítase así que todos sean a la vez ignorantes o novicios y que la cosecha sufra a causa de su ignorancia." (5) Además para la cosecha, los filarcas les avisan a los magistrados de la ciudad, el número de trabajadores auxiliares que necesitan, de esta manera llegan a hacer la cosecha en un solo día. También los "niños reciben una preparación teórica en las escuelas y ejecutan prácticas a guisa de juego en los campos vecinos a la ciudad. Allí además de presenciar las faenas rurales, toman parte en ellas, lo que les ofrece la ventaja de ejercitar sus fuerzas físicas." (6)

Los Utópicos tienen el día perfectamente distribuido: "dividen el día y la noche en 24 horas iguales, de las cuales destinan seis al trabajo, distribuyéndolas en la siguiente forma: tres horas de trabajo antes del mediodía, en que almuerzan, después de lo cual reposan dos horas. Luego del descanso, trabajan otras tres horas, y cenan

acto continuo. Cuentan las horas a partir del mediodía. Acuéstanse a las ocho y dedican ocho horas al sueño". (7).

Tienen cursos públicos, pero no se les obliga a asistir a ellos; los que asisten son alabados.

Por medio de un clarín se avisa para la comida, y aunque cualquier utópico puede comer en su casa, todos prefieren ir a un edificio en donde se come y se cena en comunidad, y no obstante ser tanta la gente que asiste a esas comidas, lo hacen perfectamente bien ordenados. Para preparar los alimentos se turnan todas las mujeres del lugar.

En la mesa principal se sientan el sífropante y su esposa, acompañados de los más ancianos o del sacerdote y su esposa en el caso de que los haya. Con el fin de que los jóvenes se comporten bien, los sientan en una mesa al lado de los más ancianos, los cuales tienen lugares fijos y se les dan mejores bocados. Al igual que lo hacía Moro en su familia, se lee en la mesa un libro de moral, durante muy poco tiempo para no provocar fastidio. Los ancianos platican con los jóvenes, pero nunca de temas tristes y provocan réplicas entre ellos con el fin de apreciar las cualidades de su espíritu.

Las familias de los agricultores comen en sus casas, en el campo, pero nunca les falta nada, pues piden a la ciudad todo lo que necesitan.

Las familias agrícolas constan de 40 personas y 2 esclavos, y están dirigidas por un padre y una madre que debido a su mayor edad, tienen una gran experiencia.

En Utopía hay esclavos, que entre otras cosas son los únicos que pueden matar animales ya que para cualquier hombre libre está prohibido ejercer el oficio de matarife, pues piensan que ejerciéndolo se pierde el sentimiento de humanidad, también por este motivo se evitan los espectáculos desagradables. Todos los trabajos pesados están en manos de los esclavos, a los que cuando es necesario se les ponen grillos y cadenas. Los esclavos, son los hombres que han cometido faltas graves, o también los prisioneros de guerra, ya que no se castiga con la muerte pero sí con la esclavitud según la falta cometida, por ejemplo el adulterio es castigado con la más dura esclavitud, en caso de que vuelva la misma persona a cometer este pecado entonces si se les da la pena de muerte, lo mismo que a los esclavos que se sublevan. En cambio los que guardan una conducta ejemplar y demuestran estar arrepentidos, pueden llegar a ser perdonados por el Príncipe. Si un hombre casado comete una falta y se le condena a la esclavitud, la familia queda libre a menos que la esposa quiera, con el fin de no separarse de su marido, correr la misma suerte que éste, esto lo aceptan, y permiten a la mujer ser esclava junto con su marido.

Entre los utópicos el matrimonio es inviolable, es decir, no pueden separarse, salvo porque alguno de los contrayentes haya come-

tido un adulterio o en caso de que las dos partes estén de acuerdo, en este caso se pueden volver a casar ambos con el fin de que vivan felices, pero esto no es fácil de conseguir. Si alguno de los dos está enfermo está completamente prohibido el abandonarlo pues se considera como un crimen ya que es el momento en que más ayuda necesita.

"Las mujeres se casan y viven en el domicilio de sus esposos. Los hijos y los nietos quedan en la familia. Cada familia es dirigida por el más anciano de sus miembros, a menos que el peso de los años haya debilitado su inteligencia, caso en el cual se les sustituye por el miembro de la familia que le sigue en edad". (8). No pueden casarse las mujeres antes de cumplir 18 años y los hombres antes de los 22, pues como consideran que será por toda la vida lo piensan bien antes de hacerlo.

Entre los utópicos no puede existir la vanidad pues no tienen de que, ya que "La forma de los vestidos es la misma en toda la isla, y es invariable. Solo sirve para distinguir a los hombres de las mujeres y a los solteros de los casados" (9). Desde el príncipe hasta el último de los ciudadanos visten de la misma tela, de preferencia lino de color blanco. "Cada familia confecciona sus propios vestidos. Tienen un solo traje (10) que les debe de durar 2 años además un traje de cuero que les dure 7 años y que se lo ponen para trabajar.

Los enfermos son atendidos con todo cuidado y se hace todo lo posible por curarlos de sus enfermedades, en caso de que éstas sean incurables se les procura la mayor felicidad que pueden tener por el tiempo que les queda de vida. Si el enfermo sufre mucho el sacerdote trata de convencerlo de que más le conviene morir, y si el enfermo acepta, lo matan de inanición o con un veneno, éstos al morir son honrados por todo el pueblo pues solo se llora al que muere muy descontento ya que es prueba de que sus obras no son muy buenas y entonces por eso tiene miedo. Cuando alguno muere con gusto, esto es causa de una gran alegría.

A los utópicos les encanta tener conocimientos de medicina, y aunque en Utopía casi no hay enfermedades, tienen en las afueras de la ciudad cuatro hospitales tan grandes que parecen aldeas.

En una ciudad no debe de haber más de seis mil familias y cuando esto sucede se escoge un grupo que se marcha a otro lugar para fundar una colonia, la cual es abandonada en el caso de que por cualquier circunstancia, como por ejemplo una epidemia quedara poca gente en la ciudad.

Las ciudades tienen un mercado público, en el que puede coger lo que se necesite sin dar nada a cambio, pues ya estando surtido el comedor público lo que queda, sobra, y por tanto el que quiera algo lo puede coger.

Cuando alguno de la ciudad quiere hacer un viaje, se le concede el permiso siempre que no exista algún grave inconveniente pa-

ra ello, sus viajes los hacen a pie pues no corre ninguna prisa, en todos lados está como en su propia casa, siempre que tengan el salvoconducto que les dan en la ciudad de donde salieron, sin este salvoconducto son considerados desertores y se les castiga. Pero si en alguna de las ciudades por donde pasan están más de un día, deben trabajar uniéndose a los que tengan su mismo oficio.

La nación utópica es como una sola familia y cualquier miembro de ella que fuera un ocioso o que no quisiera trabajar, sería conocido en seguida y lo despreciarían todos, esta es la causa de que en Utopía no existan ni la ociosidad ni la holganza, ni tampoco las tabernas, ya que serían inútiles pues no habría gente que asistiera a ellas.

Utopía es un país rico, en el que sus habitantes lo único que buscan es la felicidad, y como son razonables, se dan cuenta de que para lograrla no hacen falta ni el oro ni la plata ni las piedras preciosas, pues las gentes que en otras partes del mundo poseen esto, son gran parte de las veces más desgraciadas que las que se pasan la vida sin ninguna de estas cosas, ya que bien conocido es el cuento del rey que para curarse necesitaba la camisa del hombre feliz, y el único que era feliz en su reino no tenía camisa. Pues los utópicos consideran el oro y las perlas y todo lo demás como cosas completamente superfluas, y les dan el uso que les parece indicado, por ejemplo las cadenas de los esclavos y también diademas y anillos que les ponen a los culpables de crímenes. Las piedras preciosas, les sirven de juguete a los niños pequeños, los cuales al crecer las dejan como nosotros podemos dejar una muñeca. No obstante los utópicos tienen grandes tesoros, pues saben que son necesarios, por ejemplo en caso de guerra, ya que la mayoría de las veces no pelean sus propios hombres sino que alquilan mercenarios que muy bien pagados, pelean admirablemente. Los utópicos les dan mucho dinero pues saben que esta gente a media batalla puede pasarse del lado del mejor postor.

Los utópicos no le rinden pleitesía a ningún hombre por rico que sea pues les parece denigrante el que haya gente inteligente que se encuentre bajo el dominio de un tonto con tesoros, y que le brinde honores casi divinos sabiendo además que no recibirá ni un centavo.

En Utopía no sólo se castiga el vicio sino que también se premia la virtud, y cuando algún hombre trabaja mucho por su patria y llega a hacerle mucho bien, los utópicos para recordarlo siempre le erigen un monumento.

A los magistrados en Utopía se les llama padres y verdaderamente obran como tales, es un país en el que se puede decir que reina la caridad, ya que por ejemplo sabemos que tienen bulones, pero éstos son muy bien tratados, no se puede abusar de ellos y está prohibido burlarse de sus defectos.

Sus leyes son muy pocas y sumamente claras, para que todos las puedan entender y practicar. No existen allí los abogados y el Príncipe solo se distingue por llevar un haz de trigo en la mano.

En Utopía nunca se hacen tratados, pues no se fían de que los otros países los cumplan, pero reconocen como aliados a los pueblos que les piden jefes y además llama amigos a los que han sufrido.

Utopía es un país que, aunque, tanto sus hombres como mujeres estén perfectamente adiestrados para la guerra ama la paz más que cualquier otra cosa: pelean sólo cuando no tienen más remedio o con el fin de ayudar a un país que lo necesite, no sólo en el caso de que éste se encuentre atacado por otro pueblo, sino también cuando quieren vengar alguna ofensa que le han inferido.

Si en alguna ciudad se le diera muerte a un Utópico, ya por particulares o por cualquier autoridad, aunque solo hubiera sido un hombre, los utopianos estarían dispuestos a hacer la guerra con el fin de vengar su muerte y si lograban coger a los culpables, éstos serían condenados a la esclavitud.

Sin embargo al hacer la guerra procuraban ganarla por medio de astucia y de inteligencia ya que una victoria a base de sangre no les causa ninguna alegría. Los medios que siguen para vencer a un enemigo, son las intrigas, pues desde el momento en que estalla la guerra, fijan en las esquinas de la ciudad enemiga, cartelones, prometiendo grandes recompensas al que les entregara la cabeza de los principales jefes y doblaban la cifra si se les entregaban vivos. De esta manera los jefes empezaban a desconfiar de todo el mundo y a ver traiciones en todos partes, que la mayoría de las veces eran ciertas, pues como ya dije es una de las maneras como ganaban sus batallas.

También como ya vimos con anterioridad los utópicos no se exponen en las guerras mientras tengan mercenarios, pero cuando ya no tienen otra salida, luchan hasta morir, ya que no temen la muerte, pues saben de positivo que a sus familias nunca les faltará lo necesario.

Nunca, ni en caso de que necesiten ayuda, permiten que a su patria entre un batallón extranjero, siempre prefieren salir a alcanzar al enemigo. Ya que lo derrotan, lo dejan huir, y no lo persiguen como en otros lugares.

En lo que se refiere a los muertos, los queman, y consideran que en todas sus conversaciones éstos se encuentran presentes, ya que como creen en la inmortalidad del alma, piensan que es imposible que el alma de alguno de sus familiares difuntos no se interese por los problemas de los seres queridos que dejó en la tierra; esta creencia le sirve muchas veces para no cometer faltas, ya que les aparencia el que sus muertos se den cuenta.

Los utópicos creen en los milagros y dicen que gracias a las oraciones de las gentes, se ha salvado muchas veces el Estado. Esto no quiere decir que creen en cualquier tontería acerca de los astros, etc. pues para ellos esto no tiene ninguna influencia.

En lo que se refiere a la religión, hay en Utopía varias sectas, pues Utopo desde el principio estableció la libertad religiosa, pues pensó que con la fuerza de las armas no lograría establecer una sola religión, esto no quita el que diariamente, todos le pidan a Dios que si la religión que practican es la verdadera, que perseveren en ella, si no lo es, que se lo haga conocer. Los templos no tienen ninguna imagen, pero que cada quien invoque al Dios que le parezca. La gente va al templo de blanco, y los sacerdotes vestidos con plumas de colores. Hay en cada ciudad trece sacerdotes e igual número de templos, los cuales son magníficos y están en semioscuridad pues piensan que la luz impide la meditación.

Los sacerdotes son elegidos por el pueblo, por sufragio secreto y no hay magistratura más honrada que la sacerdotal, por esto el sacerdote contrae matrimonio con la mejor muchacha de la ciudad. En el caso de que algún sacerdote cometiera una falta, (cosa que es muy rara, pues no hay que olvidar que escogen para este cargo al hombre más recto) no se le castiga, pues se considera pecado tocar a un sacerdote, pero se le deja a la buena de Dios. Lo peor que le puede pasar a un utópico es que un sacerdote lo corra del culto, ya que sería considerado por toda la gente como impío, y si no se arrepiente se le da el castigo reservado a los impíos.

Tienen también religiosos a los que en su lengua se les dice bu-trescos, los cuales por amor a Dios se dedican a trabajar como esclavos, sin esperar no sólo ningún beneficio sino tampoco que se les agradezca, de éstos hay dos sectas, unos que no comen carne, ni tienen trato con ninguna mujer, y a éstos la gente los considera como los más santos. Y los otros que contraen matrimonio y que comen carne, porque piensan que es necesario comerla, a éstos se les considera como los más sabios.

Los sacerdotes utópicos son sumamente respetados, no sólo por la gente de su ciudad, sino también por la de todos los alrededores, y en época de guerra no han sido pocas las veces que con su sola presencia, han logrado salvar la vida a muchos hombres, ya que no se atreven a matarlos en su presencia.

En el templo se dedican a cantar, y usan una clase de instrumentos completamente distintos a los nuestros, con ellos imitan o expresan cualquier sonido, ya sea de cólera, de alegría, de tristeza, etcétera.

Tienen una fiesta el primero y el último día del año, pero para poder asistir a ella, deben las esposas arrodillarse ante sus esposos y confesar sus pecados, y así mismo los hijos se acusan delante de sus padres, de esta manera ya se sienten capaces de asistir a la fiesta.



En el templo no ofrecen sacrificios de animales, únicamente queman incienso.

Su religión es un poco rígida y triste, y sus principios religiosos son: lo.—Que el alma es inmortal y que Dios la crió para que fueran felices. Además dicen que en la otra vida serán recompensadas nuestras virtudes y castigados nuestros vicios, creen esto por medio de la razón, pues el que no creyera en estos dogmas, buscaría el placer por medios ilegítimos o criminales. Para ellos la virtud consiste en escoger el placer más intenso y huir del dolor. Pero piensan que el que soporta un dolor por otra persona, sin esperar recibir recompensa, solo es razonable que lo haga por el premio que sabe se le dará en el otro mundo. Los utópicos definen la virtud como "vivir según la naturaleza" y creen que Dios al crear al hombre no le dió otro destino.

Dicen los Utópicos: "buscar la felicidad para sí, sin vulnerar las leyes es lo justo, y procurarla a los demás es religión; más sacrificar el bienestar de los demás en provecho propio es acción injusta". (11) En fin los utópicos consideran toda buena acción en beneficio de sus semejantes como muy meritoria y como causa de gran placer, y su vida entera gira en busca del placer, pero del que se encuentra en las buenas obras, pues éste es duradero en cambio el placer que puede haber en obras malas no es duradero y se convierte en seguida en cadena que los aprisiona.

Sin embargo la diversidad de creencias entre los utópicos tiende a desaparecer, y cuenta Hytlodeo que los cuatro que fueron con él a Utopía, les hablaron a estas gentes del cristianismo y muchos abrazaron la doctrina católica, con todo y que lo que estos hombres les pudieron enseñar fué poco, debido a que ninguno de ellos era sacerdote sino simplemente eran unos entusiastas marinos que quisieron sacar a estas gentes de sus errores, y esperamos que lo hayan logrado, pues un país verdaderamente tan razonable como Utopía merece el cristianismo, no solo como premio de su buena organización y de la bondad de sus gentes sino también por la buena voluntad con que le pedia a Dios que les concediera la mejor religión.

La Obra de Moro aunque en muchas partes trata de corregir los errores de su tiempo, no es en ninguna forma un tratado que nos demuestre su modo de pensar, ya que sabemos de manera segura que la primera intención de Moro al escribir su Utopía, fué hacer una obra con un poco de carácter filosófico y que fuera además entretenida no sólo por lo que en ella redactara (que desde luego aunque fueran cosas razonables no eran en su mayoría posibles) sino sobre todo por la forma en que estuviese escrita, en un latín que envidiarían muchos grandes humanistas. Esta obra fué escrita por Moro, como una contestación a Erasmo, ya que la obra de Erasmo era de un lugar que existiendo, estaba regido por la locura. La de Moro era un lugar que sin existir reinaba en él la razón. Como veremos más adelante, no obstante llamarse Utopía (ninguna parte) la Obra de

Moro le inspiró a un hombre de firme y recto juicio, Don Vasco de Quiroga, a crear en las tierras recién conquistadas de América unos pueblos hospitales en los que rigieran gran parte de las leyes que Moro con su clara y rápida imaginación había ideado para un grupo de hombres que no existían, y jamás pensó que su obra podía llegar a convertirse en una realidad.

Hay algunas partes en la Utopía que llaman la atención, y no es de extrañar que al leerlas Don Vasco de Quiroga se sintiera agradablemente sorprendido y tratara en lo que fuera posible de llevarlas a la práctica; pero no me extenderé ahora en la forma en que lo hizo, pues eso lo trataré más adelante. Pero sí señalaré los puntos más fundamentales en la Obra de Moro.

La Nación que Moro nos pinta está fundada en la familia, que es según él, no solo la base de la sociedad, sino que hace que todo el Estado Utópico sea una sola familia, en la que los gobernantes y magistrados hacen el oficio de padres para con el resto de los ciudadanos, de manera que toda la ciudad está bajo un régimen de vida familiar, cosa que une profundamente a todos los habitantes de Utopía, tanto es así, que aunque gozan de completa libertad, prefieren hacer las cosas en comunidad, como ejemplo tenemos el que pudiendo cada quien comer en su casa, no lo hacen así sino que se reúnen y hacen las comidas juntos. Esto nos trae a la memoria las comidas en la casa de Sir Tomás Moro, en las que no sólo se sentaban a la mesa los ya muy numerosos miembros de su familia, sino también cuanta gente quisiera pasar y hacerles compañía, pues las puertas de su casa siempre se encontraban abiertas.

Moro pone la familia como fundamento de la sociedad; pero desde luego para que este fundamento sea sólido y no se quiebre al menor soplo de viento, debe de estar formado por materias inseparables, y por eso en Utopía el matrimonio es inviolable, y aún cuando parece aceptar el divorcio como excepción en muy raras ocasiones y por serios motivos, cuando las dos partes están de acuerdo, pero hace hincapié Moro en que esto no se consigue fácilmente en Utopía y más aún demostró claramente su desaprobación al divorcio, al grado de que se dejó matar antes de dar su consentimiento al de Enrique VIII y Catalina de Aragón.

Utopía es un país perfectamente bien organizado, en el que es de admirar el orden con que se llevan a cabo todos los actos del día, pues todos trabajan las mismas horas, comen al mismo tiempo y se dan al descanso a las ocho en punto. A la buena organización que tienen se debe el que sin necesidad de matarse trabajando, nunca les falta nada, sino que les alcance hasta para las naciones vecinas que estén necesitadas.

Moro en una época en la que en todas partes gobernaban monarcas absolutos, pinta un país ideal en el que Príncipe es vitalicio y además elegido por el pueblo, de una manera un tanto democrática. Moro estableció esto en su Utopía con el fin de que no hubie-

ra querellas entre sus habitantes, ocasionadas por la ambición del trono; también tenían la ventaja de que como el trono no era hereditario sino vitalicio podían escoger para Príncipe al que les pareciera más apto para gobernarlos, y no como sucedía en las monarquías hereditarias, el que les deparaba el destino que bien podía ser un hombre sin ninguna de las cualidades que debe tener un buen gobernante.

Uno de los puntos que más resaltan en la obra de Moro, es la caridad que practican los utopianos que se ve hasta en las cosas más comunes, por ejemplo con sus enfermos, para éstos propugnó Moro porque se les atienda pronto sin demoras perjudiciales, y se les procure dar la mayor felicidad posible, sobre todo si son incurables, en este caso no se les abandone sino que se les anime hasta el último momento de su vida.

Moro al escribir la Utopía, parece que traspassa al papel, la caridad de que siempre estuvo lleno, como nos consta sólo con ver el número de personas que se hospedaban en su casa, y también el hospital que mandó construir junto a su casa de Chelsea con el fin de que en él se atendiera a gente necesitada.

La Obra de Tomás Moro que fué la precursora de tantas otras "utopías" concebidas por escritores de tan diversas creencias y maneras de ver la vida, es la Obra tanto de su imaginación y de su idealismo humanista, como de su sentir profundamente cristiano sobre todo en materias tan fundamentales como el matrimonio y la caridad. Los puntos de contacto que puede tener con el socialismo o con cualquier "sociedad utópica" son puntos comunes, creaciones de la mente humana en general, pero en las ideas fundamentales Moro se muestra patentemente cristiano, por ejemplo al poner la caridad como base de la sociedad y no es un cristianismo vacío porque su vida confirmó sus obras, de tal manera que no sólo es conocido en el mundo como Sir Tomás Moro, Canciller de Enrique VIII, sino como Santo Tomás Moro, canonizado por la Iglesia Católica, que sólo a quienes han alcanzado en la vida la práctica de las virtudes en grado heroico les reconoce este título.

## NOTAS

- 1.—Erasmus, escribe el *Elogio de la Locura* en el Otoño de 1509, lo imprime en Abril de 1511. Chambers R. W. *Tomás Moro*. Acto II, pág. 99.
- 2.—Libro escrito en los reinos del Duque de Borgoña, hacia 1515.
- 3.—Tomás Moro, *Utopía*. Libro primero, pág. 67.
- 4.—Tomás Moro, Op. cit. pág. 74.
- 5.—Tomás Moro, Op. cit. Libro II, pág. 72.
- 6.—Ibid, pág. 77.
- 7.—Ibid, pág. 77.
- 8.—Ibid, pág. 80.
- 9.—Ibid, pág. 79.
- 10.—Ibid, pág. 79.
- 11.—Tomás Moro, Op. cit. pág. 91.

### CAPITULO III

#### DON VASCO DE QUIROGA

Después de la Conquista de México, llevada a cabo en 1521 por el Gran Capitán Hernán Cortés, España se halló ante el problema de tener que elegir la forma de gobierno que más conviniera para las tierras recién conquistadas. En un principio gobernó Cortés, hasta el 22 de octubre de 1524, fecha en que emprendió su viaje a Honduras (1). Encomendando las riendas del gobierno a sus lugartenientes, los cuales a decir verdad demostraron no tener ninguna dote de gobernante y cometieron una serie de desmanes, a los que sólo pudo poner fin el regreso de Cortés en 1526; aunque ya para entonces, no tenía ningún poder y sólo tomó el mando por 19 días, pues habían sido tantas las quejas que de él habían llegado a España, que Carlos V había mandado que se le tomara juicio de residencia. En esta época empieza el gobierno de los jueces de residencia que fueron: Luis Ponce de León que gobernó diez y seis días y murió, dejando en su lugar a Don Marcos de Aguilar, el cual encontrándose muy enfermo sobrevivió poco tiempo a su antecesor, tomando posesión del mando el tesorero Alonso de Estrada, y durante este gobierno Carlos V mandó la Primera Audiencia a México, en la que venía como presidente Nuño de Guzmán; y como oidores, Matienzo, Delgadillo, Maldonado y Parada. Esta Primera Audiencia fué un verdadero fracaso; todavía acababan de llegar cuando se murieron Maldonado y Parada y los tres que quedaron no cumplieron en nada las órdenes que traían de España, ya que se dedicaron a enriquecerse a costa de los indios y de los partidarios de Cortés, especialmente Nuño de Guzmán a quien se consideraba como uno de los hombres que más daño cometió durante su gobierno, sobre todo cuando se le ocurrió ir a poblar la Provincia de Xelisco, para lo cual obligó a muchos soldados a que le siguieran, y además, al pasar por Michoacán cometió tantas crueldades con los naturales, que estos huían a los montes por el temor que le tenían, pues se llevaban a los mejores para que lo ayudaran en sus conquistas y ya nunca más volvían a tener noticias de ellos. Además, los indios lo odiaban por lo que hizo con el cacique de Michoacán, como nos dice Bernal Díaz en los siguientes términos: "que porque el Cazonci que era el mayor cacique de aquella provincia que así se llamaba, no le dió tanto oro como le demandaba Nuño de Guzmán, le atormentó y le quemó los pies, y porque

le demandaba indios e indias a su servicio, y por otras tranquilias que se le levantaron al pobre cacique, lo ahorcó, que fué una de las más malas e feas cosas que presidente ni otras personas podían hacer y todos los que iban en su compañía lo tuvieron a mal é a crueldad". (2). Todo ésto llegó a oídos del Rey quien decidió formar una segunda Audiencia que estuviera mucho mejor preparada, para ésto escogió con mucho cuidado a los que habían de formarla, siendo todos personas de conciencia y en los que se podía confiar el Gobierno de la Nueva España. Venía como presidente Don Sebastián Ramírez de Fuenleal, aunque según Bernal Díaz su apellido era Villaescusa (3) y como oidores cuatro famosos licenciados, Alonso Maldonado, Ceynos (ó Zainos), Salmerón y Vasco de Quiroga, siendo este último el personaje que más me interesa para lo que estamos tratando, haré algunos pormenores sobre su vida, aunque en realidad de los primeros años de ésta es muy poco lo que se sabe. Nació en la Villa de Madrigal de España, en 1470 y fué bautizado en la parroquia de San Nicolás con el nombre de Blasco ó Vasco (5). Era descendiente de una ilustre familia, ya que desde muchas generaciones atrás los Quiroga se habían venido distinguiendo en todos los puestos que ocuparon, no siendo pocos los nombres que hasta nuestros días conservamos como el de Don Rodrigo de Quiroga, Capitán General, Conquistador, gobernador y adelantado mayor de Chile. Fray Gonzalo de Quiroga, Gran Prior de la Orden de San Juan de Jerusalén. La familia Quiroga contó entre sus miembros a muchos grandes hombres, pero sobre todo en lo que se distinguieron fué como verdaderos cristianos, y no son pocos los que ocuparon lugares preeminentes en la Iglesia, como el Cardenal Don Gaspar de Quiroga, Arzobispo de Toledo, y el famoso Cardenal Don Alvaro Rodríguez de Quiroga, Arzobispo de Toledo, Inquisidor General de España, del consejo de Felipe II y Gran Canciller de España. Y no menor que la importancia que todos estos señores tuvieron en España fué la que tuvo Don Vasco en América, y si el nombre de aquellos aparece en páginas muertas de la Historia Española, el nombre de Don Vasco está fresco en la memoria de los michoacanos, que no sólo le deben la educación que adquirieron en los colegios instituidos por él, sino también el haber sido civilizados, el tener pueblos en los que pudieron vivir cómodamente, la construcción de sus casas, y de sus iglesias, en fin a Don Vasco se debe la fundación y el desarrollo de la cultura y civilización michoacana, que sólo pudo llevar a cabo gracias a su abnegación que no tenía límites, y al inmenso deseo que lo embargaba de hacer de aquellos indios, gentes civilizadas con una cultura desarrollada, que pudieran gobernarse por sí mismos, y también hacer de los lugares en que vivían pueblos prósperos en los que todos los trabajos estuvieran perfectamente organizados, pero sobre todo, lo que Quiroga quería hacer era, pueblos cristianos que tuvieran al verdadero Dios como eje de toda su vida.

Quiroga salió rumbo a México acompañado de Maldonado el 25 de agosto de 1530, llegó a Veracruz el 10 de diciembre y al fin se vió en México el 9 de enero de 1531. Por este tiempo era solamente un

licenciado en leyes, que llevaba el deseo de servir lo mejor que pudiera al Gran Rey debajo de cuyas órdenes servía, Carlos V, que ya para esta época era también conocido como Emperador de Alemania, el monarca que más tierras gobernaba entre todos sus contemporáneos. Poco después fueron llegando los demás miembros de la Audiencia, encontrándose todos a su llegada con grandes recibimientos, pues ansiosamente se esperaba esta segunda Audiencia que tenía en perspectiva una ardua tarea, ya que además de lo mucho que estaba aún por hacer, había que corregir todos los desmanes cometidos por Nuño de Guzmán y sus oidores.

Lo primero que esta nueva Audiencia hizo al llegar a México, fué un juicio de residencia a los miembros de la Audiencia anterior que tan mal habían gobernado. Y fueron tantas las quejas que contra ellos presentaron los habitantes de la Nueva España, que como nos dice Bernal Díaz: "estaban espantados el presidente é oidores que les tomaban la residencia" (6). Por los cargos que había contra Matienzo y Delgadillo, se les envió a España después de quitarles todas sus propiedades, con lo cual apenas pudieron pagar los daños e injusticias que habían cometido. A Nuño de Guzmán, aunque lo hubieran querido coger inmediatamente, no pudieron y lo tuvieron que dejar que siguiera en sus conquistas de Xalisco, únicamente lo despojaron de todos sus bienes, y algún tiempo después ya lograron que se le enviara a España como prisionero.

Desde el momento en que Don Vasco de Quiroga llegó a la Nueva España, se dió cuenta de la necesidad de los indios de que alguien se ocupara de ellos, y aunque su trabajo como oidor no le dejaba ni un momento libre, nunca le faltó tiempo para recorrer la ciudad visitando sus miserables jacales y fijándose en la pobreza en que vivían. Y desde luego un hombre como Quiroga no podía ver esto sin tratar de remediarlo. Se conmovió profundamente ante la sencillez de estos hombres descalzos, de largo pelo, que tenían la sencillez de los niños y a los que casi no se les consideraba como seres humanos, sino más bien como animales, y fué tal la preocupación que sintió por ellos, que muy poco tiempo después de su llegada, el 14 de agosto de 1531, escribió por primera vez al Consejo de Indias explicándoles la necesidad que había de que los indios fueran reducidos a poblaciones, "donde trabajando é rompiendo la tierra, de su trabajo se mantengan y estén ordenados de toda buena orden de policía y con santas y buenas y católicas ordenanzas" (7). Y desde entonces empezó a planear Quiroga, esos pueblos de indios que después llevaría a la práctica y que estarían regidos por las sabias leyes que Tomás Moro había ideado para su República de Utopía.

Después de haberse decidido Quiroga a fundar estos pueblos, no perdió el tiempo en vanas contemplaciones, sino que inmediatamente puso manos a la obra, y con su dinero, ya que no contaba con otra ayuda, empezó la construcción de su Hospital de Santa Fé, que sería un hospital no sólo para enfermos, sino para todo aquél que quisiera recibir las enseñanzas que en él se impartirían, llegó a ser un ver-

dadera pueblo y (pueblo-hospital) de 30,000 indios. Se edificó el hospital a dos leguas al poniente de la Ciudad de México, y trabajaron en la construcción los mismos indios que después lo poblarían, los cuales aunque tenían que acarrear los materiales desde muy lejos, lo hacían con una gran ilusión y alegremente porque el entusiasta espíritu de Don Vasco se les comunicaba a todos, y ya soñaban con aquél gran pueblo del que serían los únicos moradores, y en donde a más de recibir toda clase de auxilios materiales y una educación profundamente cristiana, se les enseñarían las artes europeas y también se perfeccionarían en las indígenas.

La construcción de los pueblos-hospitales fué ideada por el mismo Quiroga de la manera que le pareció más apropiada. Tenían los hospitales un edificio central para los enfermos y los directores de la agrupación; este edificio tenía en el centro un gran patio, en medio del cuál estaba una capilla abierta con el fin de que al celebrar la misa, se pudiera ver desde las salas que rodeaban el patio, que eran cuatro, dos de las cuales estaban dedicadas a los enfermos, quedando separados los contagiosos de los no contagiosos; y de las restantes salas, una era para el mayordomo o administrador y la otra para el dispensero. Había además otras casas llamadas "familias" que eran fabricadas por los indios en general sin tener en cuenta quién iba a vivir en ellas. Estas habitaciones tenían anexo un pequeño jardín, propiedad de cada familia y en el que podían sembrar lo que fuese más de su agrado.

Los hospitales subsistían gracias a la ganadería y la agricultura, para lo cual tenían estancias de campo o familias rústicas que estaban formadas por miembros del pueblo hospital, y se turnaban cada dos años para trabajar en el campo. Con el fin de que los que fueran por primera vez no estuvieran desorientados, algunos se quedaban para enseñarlos; de esta manera no sufrían pérdidas en las siembras por ignorancia de los trabajadores, ni éstos se veían ante el problema de no saber manejar los instrumentos de labranza.

En las casas llamadas "familias", podían vivir hasta doce matrimonios con sus hijos, y si alguno de estos hijos se casaba, llevaba a su mujer a la casa de sus padres, pues era costumbre que la mujer fuera a casa del hombre y entrara a formar parte de la familia de éste. Cada familia estaba a cargo de un jefe, el cuál era el abuelo o el miembro más anciano de la misma, y tenía la obligación de ver por los suyos, no sólo haciendo que cumplieran sus obligaciones sino que también debía estar pendiente de su moralidad y buen comportamiento. En el caso de que por ancianidad o simplemente por descuido, alguno no atendiera a sus obligaciones o diera mal ejemplo, el Rector se encargaba de nombrar un sustituto o unos ccadjutores.

El gobierno de los hospitales estaba formado por un Rector que debía ser siempre un sacerdote, (8) nombrado por el Obispo; y había además un Principal y varios regidores que eran elegidos cada año o cada dos años por los padres de familia; no había reelecciones y siempre se debían nombrar personas nuevas.



Para la buena organización de sus hospitales, ideó Quiroga unas leyes u ordenanzas en donde estaban contenidos, absolutamente todos los actos que se debían hacer en ellos, fijando reglas hasta para los mínimos detalles, por ejemplo: toda la ropa debía estar tejida y hecha absolutamente igual por las mujeres de cada familia, no pintando la tela sino dejándola del color natural, tanto para los hombres como para las mujeres, y entre éstas, las casadas llevaban la cabeza cubierta.

Tuvo Quiroga un especial cuidado de los niños, a los que buscaba por todas partes, ya que era muy conocido el hecho de que las indias cuando no tenían para alimentarlos, preferían abandonarlos por los montes o en los suburbios, antes que verlos morir de hambre. Don Vasco andaba siempre en busca de estos niños abandonados, y tantos y tan pequeños llegó a tener, que fué necesario aumentarle al hospital una casa de cuna en donde estos pequeñuelos pudieran ser bien atendidos. Su preocupación por el futuro de los niños era tan grande, que procuraba que desde pequeños tuvieran amor al trabajo, sobre todo al del campo, y con este fin obligaba a los padres a llevarles al campo dos veces a la semana, de esta manera los niños aprendían en plan de juego a manejar los útiles de labranza, y además llegaban a sentir un gran interés por labrar la tierra, porque a cada uno le daban los frutos de su trabajo. Por este medio lograba Don Vasco que desde pequeños les gustara el trabajo y aprendieran por tanto a saber ganar los frutos por sus propios medios.

Quando se recogía la cosecha se le daba a cada quién lo necesario para su subsistencia durante un año, y se guardaba lo que sobraba previniendo el caso de que al año siguiente tuvieran una mala cosecha; si después de esto, aún quedaban algunas semillas, se repartían entre los pobres del lugar que no podían vivir en los hospitales.

En estos hospitales todo estaba ordenado al bien común, eran pequeñas ciudades en las que se realizaba el ideal de la polis: "hacer de cada hombre un ser útil a la colectividad".

Quiroga logró que los indios de sus hospitales vivieran ayudándose mutuamente, repartiéndose el fruto de su trabajo, viviendo verdaderamente como hermanos, y esto lo llevó a cabo por medio de sus "Ordenanzas" que estaban informadas por el espíritu de caridad.

La educación de los indios estaba encomendada a personas honorables que les enseñaban muy a conciencia. El catecismo lo enseñaba el mismo Don Vasco. Aunque dicen muchos autores que no tenía el don de lenguas, nos consta que el nahuatl lo conocía bastante bien, pues hasta ahora nunca hemos oído decir que usara de intérpretes para enseñar la doctrina cristiana. Además escribía sermones doctrinales que se leían en la Iglesia del Hospital.

Al frente de este hospital estuvo en un principio Fran Alonso de Borja, que se hizo cargo de él a ruegos de Don Vasco, aunque por muy poco tiempo, pues desde 1536 (9) los agustinos le cedieron al

Clero Secular, la administración de dicho hospital, debido a que ellos no contaban todavía con el número de frailes suficientes para atender sus propios conventos, y menos aún podían disponer de algunos para los hospitales.

El hospital llegó a tener tanta importancia, que los españoles que vivían en estas tierras, le escribieron al Rey quejándose de que eran tantos los indios que se iban a vivir al Hospital de Santa Fé, que se estaba acabando la población de la ciudad. Pero tanto la Audiencia como el Rey le dieron la razón a Don Vasco, y más aún, porque al Rey de España le agradó de tal manera la idea de estos pueblos hospitales que los tomó bajo su Real Patronato, a más de concederles muchos favores y ayudarlos en todo lo que necesitaran, como nos lo demuestra la Cédula Real de Carlos V (10) fechada en México el 14 de febrero de 1533, en la que dice que se trate de evitar el que los españoles que pasan para sus minas maltraten a estos indios, pues no tendría fruto el bien que se les hacía, si se permitía que los maltrataran, decía además que se les dijera a todos los españoles que habitaban estas tierras, que los Hospitales estaban bajo del amparo del Rey y que el que les hiciere algo malo a los indios de estos hospitales sería castigado con las mayores penas.

También en Enero de 1536, la Reina Doña Juana le mandó decir al Virrey de Mendoza, que ayudara a Quiroga en todo lo que necesitara para sus hospitales.

Quiroga mandó fabricar en la falda de una loma, cercana al hospital, una casa o celda en donde se retiraba a orar, y donde al mismo tiempo podía estar pendiente de lo que en el hospital acontecía.

La segunda Audiencia siempre se preocupó del trato que se les daba a los indios y de que no se cometieran injusticias con ellos. Con este fin mandó a Quiroga, en 1533, a Tzintzuntzan para que tratara de atraer nuevamente a los indios que habían huido ante las crueldades de Nuño de Guzmán, y que a pesar del esfuerzo de los franciscanos, por hacerlos volver, ni estos, ni el enviado por la Audiencia, Don Juan de Villaseñor, había conseguido darles nuevamente la confianza que antes tenían en los hombres blancos. Quiroga llegó a Tzintzuntzan y se hospedó en el convento franciscano de Santa Ana desde donde convocó una asamblea, de todos los habitantes de esos lugares, y por medio de un intérprete le explicó al gobernador Don Pablo Guangua el objeto de su visita, hablándole de tal manera, que muchos indios que se encontraban presentes pidieron ser bautizados y quemaron ahí mismo delante de Don Vasco sus falsos dioses. Quiroga hizo la paz con ellos y empezó a tratar en seguida, con gran contento de los indios, la construcción de un hospital en todo semejante al que había fundado en México; los mismos indios le indicaron el lugar en donde podía edificarse. Este hospital se llamó Santa Fé de la Laguna (11) y fue fundado en 1534.

Después de haber logrado pacificar a estas gentes y reducir las a poblados, regresó Don Vasco a México para dar el informe de lo que se le había encomendado.

Quiroga fué uno de los miembros principales de la junta que fundó el señor Fuenleal con el fin de vigilar los abusos que se cometían contra los indios. Siempre estuvo Don Vasco defendiendo los intereses de éstos, de tal manera, que los indios, dándose cuenta de esto le llegaron a querer muchísimo y le llamaban Tata Vasco; su recuerdo lo conservan todavía tan fresco que nos cuenta Nicolás León (12) que por la Sierra de Paracho, se encuentra un monumento rústico con un gran agujero delante, causado porque desde hace más de trescientos años todos los indios que por ahí pasan, meten el pie derecho en el agujero, pues cuenta la tradición que estando el suelo húmedo y pasando por ahí Don Vasco de Quiroga, se le hundió en el lodo el pie derecho, dejando una clara marca, y desde entonces los indios recuerdan este suceso, y lo conmemoran de la manera que dije.

En 1536, por la Bula que dió Su Santidad Paulo III se fundó la diócesis de Michoacán. El Obispado se lo ofrecieron al franciscano Fray Luis de Fuensalida, pero como éste rehusó el cargo diciendo que prefería dedicarse a la evangelización, el Rey de España le propuso al Santo Padre que se eligiera al Oidor Don Vasco de Quiroga, quién fué aceptado debido al interés que había mostrado desde un principio en ayudar a los indios y en especial a los de Michoacán, por quienes sentía gran cariño.

En 1537 llegaron las Bulas por las que se permitía que Quiroga pasara a Michoacán, para empezar a arreglar los asuntos correspondientes a su alto cargo (13). El 22 de septiembre de 1538 tomó posesión de su diócesis, y tres meses después en diciembre del mismo año fué ordenado sacerdote y consagrado Obispo por el Arzobispo de México, Fray Juan de Zumárraga, en muy breve plazo. Desde este momento sólo vivió Quiroga para lograr el florecimiento de su diócesis, trabajando sin descansar hasta conseguir de Michoacán un estado perfectamente bien organizado, con buenas construcciones y teniendo el trabajo dividido de tal manera que en cada pueblo los indios se dedicaban a determinado oficio, por ejemplo: en Capula se dedicaban a cortar la madera. En Cocupao (hoy Quiroga) labraban y pintaban objetos de madera. En Teremendo curtían pieles. En los pueblos de San Felipe de los Herreros y Santa Clara de los Cobres, se dedicaban a forjar hierros de diferentes especies y hacían también cazos de cobre. En Palamban y Tzintzuntzan se especializaban en la fabricación de utensilios de barro. En Hurío (o Nurío) tejían mantas y hacían piezas de lana. De esta manera no había rivalidades entre los indios y al mismo tiempo se lograba un gran perfeccionamiento en los productos que trabajara cada lugar, siendo notable la mejoría de estos.

El pueblo de Pátzcuaro ya para 1538 (14) contaba con magníficas residencias, y tanto el plano de la ciudad como las mismas casas, estaban siendo construídos al estilo español.

Entre los indios, fueron tantos los que pidieron el bautismo, que los frailes franciscanos se vieron en la necesidad de abreviar la for-

ma de éste, a como se hacía entre los primeros cristianos, es decir, haciendo todo el oficio del bautismo delante de todos y luego echándoles el agua bendita uno por uno. En un principio no hubo dificultad con esto debido a que los franciscanos se encontraban solos, pero con la llegada de nuevas órdenes, se creó un problema, pues éstas dudaban de la validez del sacramento con la fórmula franciscana, y entonces no hubo más remedio que consultarle al Santo Padre, quien no conociendo hasta qué punto llegaba en la Nueva España la necesidad de hacer esto, mandó que se juntasen los Obispos con la Audiencia y con los preladcs de las Ordenes Religiosas y que examinaran el punto discutido. Así se hizo, pero como no lograron llegar a ningún acuerdo, se recurrió a España, en donde el Consejo de Indias y el Arzobispo de Sevilla mandaron: que mientras se consultaba a la Santa Sede, no se alterase lo establecido. El 10. de julio de 1537 resolvió Su Santidad el punto por medio de la Bula **Altitudo divini consilli**, en la que decía que los bautismos que ya hubieran sido conferidos se podían dejar como válidos, pero que en el futuro, excepto en caso de emergencia, no se omitiera la menor ceremonia (15). Después de esto se volvieron a reunir los Obispos, hallándose entre ellos el Señor Quiroga, al que se le encargó que hiciese un **Manual de Adultos**, libro que fué impreso en México el año de 1540.

En 1538, Don Vasco de Quiroga levantó en Pátzcuaro, centro de la religión tarasca, un templo a la Santísima Virgen, en donde puso una imagen de Nuestra Señora, construída con la pasta de la caña de maíz por los mismos sacerdotes de la religión tarasca, pero bajo la dirección de un franciscano; esta imagen es hasta nuestros días muy venerada, y se le conoce con el nombre que desde aquel tiempo le dió Quiroga, el de "Salus Infirmorum" (Nuestra Señora de la Salud).

Sólo por un año tuvo Quiroga su diócesis en Tzintzuntzan, pues enseguida, dándose cuenta de las inconveniencias que este lugar presentaba, resolvió trasladarse a un sitio mejor, escogiendo para esto, la ciudad de Pátzcuaro que es un lugar bellísimo, y que según la opinión de Nicolás León (16) "sólo puede ser comparado con Suiza". Mucho le costó a Quiroga convencer a los indios de Tzintzuntzan; pero aún más trabajo que a estos le costó convencer a los españoles, pues de ninguna manera querían que Quiroga cambiara su sede. Tuvo que pasarse sin su consentimiento, alegando el derecho que le había dado Carlos V para que trasladara su iglesia a donde más le conviniera.

Quiroga no quería que hubiera dudas en lo que se refería a los límites de cada diócesis, y tratando de arreglar este asunto tuvo con el Arzobispo de México un pleito que se llamó "Pleito Grande". Quiroga propuso que lo decidieran el Virrey y la Audiencia; pero debido a que estos no podían obrar como jueces sino únicamente como árbitros y también a que Quiroga no aceptó la declaración que ellos dieron, el Señor Zumárraga acudió al Rey quien en cédula del 3 de octubre de 1533 decía: "que ruega y encarga (es decir ordena) al

Obispo de Michoacán que se someta a la decisión del Virrey y de la Audiencia" (17). No obstante esto el pleito continuó, mucho tiempo después, hasta que muerto el Señor Zumárraga tuvo la diócesis de México que pagar todos los diezmos que había cobrado de la otra, desde la división de ambos obispados.

Ya establecido Quiroga en Pátzcuaro, se dedicó en primer lugar a la organización de la ciudad, para lo cual además de la construcción de casas y de todo lo necesario, trajo veintiocho familias españolas de agricultores, para que le enseñaran a los indios el cultivo de la tierra; esto le interesaba muchísimo a Quiroga, por eso también, trajo de Santo Domingo cinco especies de plátanos que plantó en Tziracuareterio y que de ahí se extendieron a todo el país.

También comenzó la construcción de su catedral. Los planes que para ésta tenían eran enormes; pensaba hacerla de cinco naves, aunque solamente logró construir una de éstas, debido a que al tener noticia Carlos V del trabajo y del costo de la Catedral, envió un arquitecto con el fin de examinar las condiciones que requería una construcción tan grande. El informe del arquitecto fué: que el terreno era movedizo y que no podría soportar un peso tan enorme, y además decía que los que estaban encargados de la construcción carecían de la pericia necesaria. Por este motivo como ya dije anteriormente, sólo una nave se pudo construir que albergaba a 30,000 personas, poco tiempo después se dieron cuenta de la razón que el arquitecto tenía, pues las paredes comenzaron a cuartearse y se comprobó la poca resistencia del terreno.

Desde luego Quiroga no descuidó en nada la idea de sus hospitales, ya que desde un principio como dejé dicho erigió el primero de ellos, que llamó Santa Fé de la Laguna. Además quería que en cada pueblo hubiese un hospital cercano a la parroquia que tuviese varias salas dedicadas a diversos usos, unas para los enfermos, otras para los directores del hospital y otra además para el Ayuntamiento de la República de los indios. En Pátzcuaro fundó el hospital de Santa Marta poniendo el templo bajo la advocación de la Inmaculada Concepción. Estos hospitales estaban atendidos por los mismos indios, quienes se turnaban cada semana para asistir a los enfermos, iban de ocho a diez indios con sus mujeres y se dividían todo el trabajo del hospital. A las mujeres se les llamaban semaneras, y tanto por su comportamiento en el hospital como por las prácticas de piedad que hacían, parecían una comunidad de religiosas; al amanecer se reunían en el templo y rezaban y cantaban en coro, lo mismo hacían en la noche y a distintas horas durante el día. Las fiestas de la Virgen al igual que los sábados eran muy celebradas, y a estas fiestas era mucha la gente que asistía, pues los hospitales eran en aquella época el centro de toda la vida de los indios. Muchos autores afirman que los primeros hospitales fueron fundados por Fray Juan de San Miguel, como de esto no se tienen ninguna seguridad no voy a discutirlo, pero también muchos autores dicen que si en realidad fueron los franciscanos los fundadores del primer hospital, no tuvieron

mucho éxito, ya que consta que los indios casi despoblaron la ciudad después de los desmanes de Nuño de Guzmán, y cuando estos volvieron fué por el amor que Vasco de Quiroga les demostró, y acabando de regresar los indios, fundó Quiroga su hospital, que fué tan del agrado de los naturales, que el cacique de Oayoac llamado Don Pedro le vendió una isleta, la de Tultepec y sus terrenos adyacentes, con el fin de que hiciera ahí una nueva fundación. Esta isla aunque no fué propiamente un hospital, estaba sujeta al hospital de Santa Fé, y era un pueblo cuyos pobladores pertenecían a la nobleza mexicana, que Quiroga había logrado reunir y a quienes dedicó a los trabajos agrícolas. (18).

Después del hospital de Santa Marta, fundó en la misma Pátzcuaro un colegio para españolas e indias, en donde además de la educación cristiana se les daba toda clase de instrucción adecuada a su clase y sexo. Es una lástima que este colegio no haya sobrevivido, sino muy pocos años a su fundador, pues para 1585 ya no existía. (19)

En 1540 fundó el colegio de San Nicolás en Pátzcuaro, con el fin de que en él estudiaran los españoles que querían llegar al sacerdocio, este fué el primer Seminario de América y los colegiales elegían por sí solos al rector. Anexa a este colegio había una escuela para enseñar a los indios a leer y a escribir. También este colegio estaba bajo el Patronato de Carlos V.

Desde 1559 recibió una cédula Real, por medio de la cuál se le permitía que cuando juntase indios de los que estuvieren dispersos, los pudiera proveer de corregimientos y alguacilazos y darles además un oficio, (ya dije con anterioridad como cada pueblo tenía un oficio en el que se especializaba y lograba gran perfección y división del trabajo que evitaba discordias).

Desde 1537 se había convocado a todos los Obispos para que asistieran al Concilio de Trento, y aunque todos los de la Nueva España le escribieron al Rey pidiéndole que les permitiera no asistir para no abandonar sus diócesis, debido al trabajo que en ellas había, Quiroga no lo hizo así, sino que en 1543 se embarcó en Veracruz rumbo a España, pero ya estaba de Dios que no asistiera ninguno de los Obispos de estas tierras, pues nueve meses después, lo encontramos de nuevo en su diócesis, debido a que por serios desperfectos en la nave, tuvo que regresar al puerto de partida antes de llegar al término de su viaje.

En 1545 hubo una terrible peste que tuvo a Don Vasco sumamente ocupado, pues solo en sus hospitales se llegaron a albergar más de 400 enfermos.

Dos años después de esta peste que asoló la diócesis, resolvió Don Vasco embarcarse nuevamente rumbo a España, pues estaba convencido de que era más fácil arreglar sus asuntos personalmente, a tenerlos que tratar por medio de cartas que la mayoría de las veces no eran bien entendidas en España, o como no estaban comple-

tamente al tanto de lo que aquí pasaba, no lo podían resolver de manera satisfactoria. Por esto se embarcó en 1547 y no regresó a la Nueva España hasta siete años después.

En este viaje tuvo largas conferencias con Carlos V, con los miembros del Consejo de Indias y con otros grandes de España. Alcanzó grandes favores para sus hospitales, como por ejemplo el que los indios que en ellos vivieran estuvieran exentos de todo servicio personal y del pago de tributos. También recibió una cédula de la Reina, fechada en Valladolid el 12 de mayo de 1551, en la que se dice; que le hablaron de los hospitales que tenía Don Vasco en Michoacán y en México, y que sabía que los habitantes indígenas eran molestados frecuentemente, y que además se les querían quitar cosas que les pertenecían a ellos; decía que como le constaba que Nuestro Señor era servido en dichos hospitales, que no quería que les hicieran nada, y que no les quitaran sus bienes sin antes ser oídos, y que en caso de que apelaran a otro tribunal se les concediera la apelación.

Además consiguió Don Vasco varias reliquias de santos para sus Iglesias, y que el Papa Julio II le aceptase el cambio de su catedral de Tzintzuntzan a Pátzcuaro, y por cédula de Carlos V, con fecha del 20 de julio de 1553 se le concedía un Escudo de Armas para la ciudad de Pátzcuaro.

Otro de los asuntos que trató en España fué el que se refería a las nuevas fundaciones de Iglesias en México, pues Quiroga consideraba que si las que había, muchas veces no se podían atender bien por falta de clérigos, ya no se debían construir más, puesto que no eran necesarias, y en 1553 obtuvo la Real Cédula que le autorizaba a impedir la fundación de conventos inútiles, aunque esto siguió siendo causa de grandes dificultades con los frailes, pues, como es natural, a ellos les ilusionaba el fundar nuevos conventos y no se ponían a pensar en que después no los podrían atender, y como Quiroga les prohibiese el continuar con fundaciones y aún llegara a amenazarlos con que les quitaría los conventos, los frailes se quejaron al Rey, quién en cédula del 11 de julio de 1562, lo amonestó por su conducta, olvidándose del permiso que le había dado en 1553 para obrar de esa manera.

Esto comprueba lo que dije anteriormente, que en España nunca se estaba verdaderamente al tanto de lo que acontecía en América; desde luego las distancias eran tan largas y los medios de comunicación tan difíciles que se comprende que muchas veces, no pudieran conocer realmente lo que aquí pasaba y lo que por el momento se necesitaba.

Durante su estancia en España, le ofreció el Rey, el Obispado de Puebla, Segovia o el de México, pero Don Vasco no quiso aceptar ninguno diciendo: "pasar de un Obispado a otro, no es más que mudar de lugar; no de cuidados, pues con ir de una ciudad a otra no se aligera la carga". (20)

En 1554 regresó a México trayendo varios clérigos con los cuáles

pudo atender a un mayor número de indios y darles a todos una educación cristiana. Conoció en España a San Ignacio de Loyola, y le pidió que enviara a México sacerdotes de la Compañía, como en efecto lo hizo San Ignacio, enviando cuatro, solamente que no pudieron llegar debido a una enfermedad que les dió en San Lúcar de Barrameda, lo que les impidió que continuaran el viaje. (21)

La erección de su catedral la había aplazado Don Vasco, por faltarle personas capaces para su cabildo; pero ahora contando con los nuevos elementos que trajo de España, procedió a la erección de ella y la firmó en Pátzcuaro en 1554.

Después fundó varios curatos seculares como el de Indaporeo con Charo, Pénjamo con Cuitzeo, Puruándiro, Chucándiro, Copándaro, Huandacareo, Huango y Yurirípúndaro, aunque más tarde algunos de estos lugares se los encomendó a diferentes personas como Ziros-to, en la Sierra, del que se hizo cargo el licenciado Fuenllana.

Las dos órdenes religiosas que en ese tiempo se encontraban en la diócesis de Michoacán, que eran los agustinos y los franciscanos, tenían divididas las tierras de manera que unos no intervinieran en la administración de las tierras de los otros; sabemos que los franciscanos tenían la administración parroquial de la tierra caliente y los agustinos la de la Sierra. Pero como no contaban con un número de ministros necesarios para el culto de todos los pueblos, muchos indios tenían que caminar varias leguas para poder recibir los sacramentos. Esto le preocupó muchísimo a Quiroga, pero como por el momento no podía hacer nada, se tuvo que conformar con la fundación de nuevos hospitales como el de Santa Fé del Río y el de Guanajuato. En este último, pidieron la admisión tan gran cantidad de indios, que fué preciso hacer cuatro hospitales, uno para cada tribu, tarascos, otomíes, mexicanos y marahuas.

Hizo también por entonces unos **Cánones Penitenciales** a ejemplo de las **Reglas para los Confesores** que había hecho Fray Bartolomé de las Casas.

Con el Clero Regular tuvo Quiroga muy serios problemas. Ya cité anteriormente lo que se refiere a la construcción de Iglesias y Conventos, pero no sólo de esto se quejaban los frailes, sino que el comisario general de Indias, Fray Francisco de Medina, le dijo al Rey, que Quiroga en quince años que llevaba en el Obispado, no había ordenado a ningún sacerdote, ni ejercido ningún acto de su oficio episcopal. Desde luego este documento no podía ser considerado como verídico, ya que muy conocidas eran todas las buenas obras que en Michoacán había llevado al cabo Don Vasco; además tres años más tarde, en 1556 los mismos Franciscanos se quejaron ante el Rey de que el Obispo de Michoacán ordenara a gran cantidad de españoles y mestizos, por lo que lo reprendió el Rey en una cédula Real firmada el mismo año.

Casi siempre se mostró severo e intransigente con los frailes, pero esto en aquel tiempo era necesario, pues el mismo celo que los



regulares tenían por la evangelización y por ganarse el afecto de los indios, hacía que en muchas ocasiones obraran un poco aisladamente sin considerar el bien común. Hay que tener en cuenta que, en un principio, los frailes eran los que realmente gobernaban en los pueblos de indios, ya que eran los únicos en quienes los indígenas tenían confianza, y con la llegada del clero secular se vieron obligados a reducir sus actividades, lo que los hacía considerarse olvidados del Obispado. Pero de ninguna manera se puede decir que Quiroga despreciara o no tomara en cuenta el valor de estas órdenes, ya que aunque no perteneció a ninguna de ellas, los agustinos lo podían considerar como uno de sus miembros, pues tanto en México, en donde vivió mucho tiempo en compañía de Fray Alonso de Borja, como en Michoacán, en donde con frecuencia pasaba largas temporadas en el convento Agustino de Tiripitío, en el que tenía una celda, y hacía vida de comunidad con los religiosos completamente.

Varios viajes hizo Quiroga recorriendo la extensa diócesis que tenía a su cargo, durante los cuales erigió templos, curatos y hospitales en los lugares en los que le parecía que eran más necesarios. Desde 1550 fundó el curato de Pénjamo y el de Irapuato que lo hizo en el templo del hospital.

En 1565 fundó el de Silao y el de San Felipe, y ya en sus últimos años, en 1563 ordenó que en la estancia de Barahona (Guanajuato) se edificara un templo y un hospital, y cuentan que a pesar de sus noventa y tres años, él mismo dió el ejemplo trabajando en los cimientos de la obra.

El 24 de enero de 1565 hizo su testamento, porque tenía pensado emprender una nueva gira por toda su diócesis, y considerando que ya su edad era muy avanzada, temía que le sorprendiese la muerte en este viaje, y que no estuviera claro lo que debían hacer con lo que dejaba.

En marzo de 1565 llegó a Uruapan y se hospedó en la sala de la Convalecencia del hospital fundado por Fray Juan de San Miguel, y en este lugar murió el 14 de marzo de 1565.

Algunos de los puntos que trata en su testamento son: (22) Que el colegio de San Nicolás fundado para la preparación de sacerdotes, se sustentaba de la estancia de Xaripitío y que así quería que siguiese. Además, que el colegio tenía un rector, y quería que éste les diese buen ejemplo a los estudiantes y que fuera clérigo o presbítero y que se le pagaran 300 ducados al año. Que los estudiantes escogieron a su rector de acuerdo con el Cabildo y que lo renovarían cada tres años. Que los estudiantes salieran de dos en dos o de tres en tres y que nunca al anochecer. Que a los indios se les enseñara gratis por haber construido el colegio y no haberseles pagado bien entonces. Decía que de los hospitales se tomaran 50 ducados anuales, para decir unas aniversarios cada mes en la tumba de sus padres en la Iglesia de San Nicolás de la Villa de Madrigal.

Que en los hospitales se enseñase a indios pobres, tanto chicos

como grandes, y que se les enseñase bien para que estos pudieran enseñarles a otros sin decir disparates.

Que al Rector del hospital se le cambiara cada tres años y que fuera escogido por el Rector del Colegio de San Nicolás y del Cabildo, y que en caso de que el Rector del hospital fuera muy bueno, se le dejara otro periodo de tres años y que se apuntaran estas licencias en un libro. Pedía que el que se hiciera cargo del hospital fuera un clérigo salido del colegio de San Nicolás, ya que estos conocían bien los hospitales y los querían, y de esa manera velarían más por ellos.

Suplicaba que los días de fiesta se les dijera a los indios Misa cantada, que las fiestas que más se celebrasen fueran: Nuestra Señora de la Asunción, El Salvador, La Exaltación de la Cruz, San Miguel Arcángel y San Nicolás.

Su biblioteca se la dejaba al colegio de San Nicolás, y mandaba que los libros fueran leídos por los alumnos en el mismo sitio, porque si se les prestaban los perderían.

Decía que en un cofre dejaba unos tomines, que eran regalo de su Majestad y quería que los utilizaran en las reparaciones del colegio, también dejaba otros para la reparación de la catedral. Dejaba dicho, que a sus esclavos se les diera la libertad.

Luego enumeraba algunas personas que le ayudaron y le sirvieron, y les dejaba a cada una algo de dinero como pago por sus servicios. Para pagar todo esto, decía que se vendieran sus bienes, y que si quedaba algo más, se lo dieran a la catedral, además suplicaba que se hiciera esto pronto.

Hace especial hincapié, en que en los hospitales se cumplieran las Ordenanzas que escribió para ellos, y suplicaba a todos los gobernantes y los jefes de todos los lugares, que cuidaran bien de sus hospitales.

Don Vasco de Quiroga hasta el último momento de su vida tuvo la idea fija de mejorar las condiciones de vida de los indios en la Nueva España, concretamente, en su diócesis. Puso en práctica muchos de los principios ideales, e idealistas, producto de la mente de Sir Thomas Moore; los puso en práctica y los sacó adelante, ayudado de su extraordinaria caridad cristiana y de la nobleza de su vida, de un tesón extraordinario que no cejaba ante dificultades y barreras levantadas por españoles e indígenas. Su actuación en favor de estos, ayudó de una manera fundamental a la tarea de civilización de los naturales y puso un pilar de confianza y amor en el adelanto de los indígenas, y en las relaciones entre conquistados y conquistadores. Es un enorme timbre de gloria para Don Vasco, Tata Vasco, haber realizado y dado vida y calor a páginas que de otra manera estarían muertas.

La obra de Don Vasco perdura; su memoria misma está viva, y su amor se halla vibrante y entero entre los habitantes de Michoacán, quienes todavía lo llaman el Tata Vasco, y que fueron sus favorecidos más directamente.

Entre las Obras que escribió Vasco de Quiroga se encuentran las siguientes:

1.—**Informe en derecho por la Santa Iglesia de Michoacán** "sobre que no es admisible, la apelación de la Metropolitana de México, del auto interlocutorio de la Audiencia, por el que manda dar posesión a la primera de los Llanos de los Chichimecas". (23)

2.—**Doctrina para los indios con Adiciones.** Esta la mandó imprimir en Sevilla.

3.—**Colección de cánones penitenciales para usos del Colegio de San Nicolás de Michoacán.** Este se ha perdido.

4.—**Sermones varios para que se prediquen a los indios de Santa Fé de México.**

5.—**Reglas y Ordenanzas para el gobierno de los Hospitales de México y Michoacán.** (24)

6.—**Tratado sobre la forma y modo de administrar el Bautismo.**

7.—**Información en derecho sobre algunas provincias del Real Consejo de Indias.**

8.—**Interrogatorio presentado en el pleito con Juan Infante sobre los Barricos de esta ciudad de Michoacán.**

9.—**Interrogatorio de descargas presentado en su juicio de Residencia.**

10.—**Erección de la Catedral de Michoacán.**

11.—**Carta del Licenciado Quiroga "Oidor de la Audiencia de México, al Consejo de Indias sobre la venida de aquél Obispo (Fuenleal) a la presidencia de dicho tribunal, y sobre otros asuntos".**

12.—**Reglas o directorio para los Confesores de Indias.**

13.—**Manuel de Adultos.**

## NOTAS

- 1.—Díaz del Castillo Bernál.—**Verdadera Historia de los Sucesos de la Conquista de la Nueva España.** Pág. 276.
- 2.—Díaz del Castillo, Op. cit. pág. 287.
- 3.—Ibid, pág. 288.
- 4.—Justino Fernández, pág. 7, **Santo Tomás Moro y La Utopía de Tomás Moro en la Nueva España.** conferencia de Justino Fernández y un ensayo de Edmundo O'Gorman.
- 5.—Nicolás León, **El Ilmo. Señor Don Vasco de Quiroga,** pág. 7.
- 6.—Díaz del Castillo, Op. cit., pág. 288.
- 7.—Silvio Zavala, **Ideario de Vasco de Quiroga.** pág. 45.
- 8.—Nicolás León, Op. cit. pág. 12.
- 9.—Roberto Ricard, **La Conquista Espiritual de México,** pág. 181.
- 10.—Nicolás León, **Documentos Inéditos referentes al Ilmo. Señor Don Vasco de Quiroga,** colección de documentos inéditos del Archivo de Indias, XIII, 420 S. S. pág. 6.
- 11.—Justino Fernández, Op. cit. pág. 10.
- 12.—Nicolás León, pág. 128 Op. cit. (tomado del Códice Telleriano-Rmensis, folio 50).
- 13.—Nicolás León, **El Ilmo. Señor Don Vasco de Quiroga,** pág. 29.
- 14.—Bravo Ugarte José.—**Historia de México,** tomo II, pág. 70.
- 15.—Ricard Robert, Op. cit. pág. 20.
- 16.—Nicolás León **El Ilmo Señor Don Vasco de Quiroga,** pág. 29.
- 17.—Nicolás León, *Ibid.* pág. 39.
- 18.—*Ibid.* pág. 20.
- 19.—*Ibid.* pág. 48.
- 20.—Nicolás León, **Ilmo. Señor Don Vasco,** pág. 55.
- 21.—Nicolás León, *Ibid.* pág. 56.
- 22.—Don Vasco de Quiroga, **Documentos,** recopilación de Aguayo Spencer, pág. 271.
- 23.—Nicolás León, **Documentos Inéditos referentes al Ilmo. Señor Don Vasco de Quiroga.**
- 24.—Un fragmento de éstos, se encuentra en la **Vida del Señor Don Vasco de Quiroga,** escrita por Juan José Moreno.

## CAPITULO IV

### INFLUENCIA DE LA UTOPIA DE MORO EN LOS HOSPITALES

#### DE DON VASCO

#### CONCLUSIONES

La influencia que tuvo Tomás Moro en América a través de los hospitales de Don Vasco era hasta hace poco tiempo completamente desconocida; pero gracias a las todavía recientes investigaciones del Sr. Silvio Zavala, hemos tenido conocimiento de ella, y se ve esta influencia de una manera tan palpable, que no puede menos de extrañar el que hasta nuestros días no hubiera sido descubierta por ningún historiador.

Mucho se ha hablado sobre Don Vasco y se le ha considerado desde muy diversos puntos de vista, y aunque en menor escala sus hospitales también han sido estudiados; pero nunca se había pensado que las leyes u ordenanzas que los regían, fueran, en varios de sus puntos, copia de las normas que aquel humanista inglés, que era al mismo tiempo Lord Canciller de Inglaterra, había ideado para aquella maravillosa ciudad que muy apropiadamente llamó **Utopía**. Ni por un momento se le ocurrió a Tomás Moro, que aquél libro escrito como un pasatiempo durante su estancia en Brujas, pudiera inspirar muy poco tiempo después, a un licenciado y más tarde Obispo, que tenía grandes deseos de mejorar la vida de unos indígenas sin cultura ni medios de vida, para que formara unos hospitales, aunque en realidad dada su amplitud pudieran ser llamados pueblos, empleando esta palabra en su connotación amplia del lugar en donde se recogen o albergan las personas, en los que estos indígenas siguiendo las normas u orientaciones dadas por Moro, pudieran llevar una vida feliz, que se consiguiera por medio del trabajo; pero no un trabajo triste y antipático, sino un trabajo lleno de optimismo y alegría; una vida feliz que sólo se podía lograr por el cariño verdaderamente fraterno entre los habitantes de estos hospitales, en los que no existía la propiedad individual, y en la que los individuos no procuraban una felicidad personal, sino la dicha y el bienestar de toda la Comunidad.

Parece imposible que Quiroga haya podido llevar a cabo en sus pueblos este régimen de vida, que en realidad parece un poco fan-

lástico; pero es preciso acordarse que los individuos que la siguieron, eran hombres, sí, pero hombres que a pesar de toda su fuerza, su valentía, y su carácter muchas veces un poco rebelde, tenían la docilidad de los niños cuando se encontraban ante alguien que los quería verdaderamente; como prueba de esto, tenemos el que los indios de Michoacán que se mostraron rebeldes y dispuestos a la guerra ante el gobierno que pretendía hacerlos bajar de sus primitivos escondites a los que habían subido impulsados por el miedo que les inspiraban las crueldades que con ellos había cometido Nuño de Guzmán, y que se mostraron reacios e inmovibles ante los intentos de autoridades civiles, y de los misioneros, no pudieron resistir al amor y al cariño que vieron que les tenía Don Vasco y cuando éste se acerca a ellos, lo llaman con gran confianza "Tata Vasco" y cuando más tarde él quiere cambiar su diócesis de Tzintzuntzan a Pátzcuaro, tiene que convencer a los indígenas de Tzintzuntzan para que lo dejen cambiarse, y a pesar de eso, cuando se marcha, es muy grande la tristeza de los indios que sienten que se quedan en completa soledad, tanto así habían llegado a querer a Don Vasco, y por esto, no es de extrañar que Don Vasco haya podido hacer de ellos todo lo que tuviera pensado; no obstante esto, las dificultades que pasó deben haber sido muchas.

Cuando en 1518, el libro de Moro fué impreso en Ecsilea, y empezó a circular por todas partes de Europa, debe haber llegado a España, en donde lo debe haber leído Don Vasco, aunque posiblemente fué en México donde pudo haber tenido conocimiento de él, ya que como está comprobado, Fray Juan de Zumárraga poseía un ejemplar, y siendo como era amigo de Don Vasco, éste podía haber sido el medio por el cual llegó a su conocimiento la obra del Lord Inglés.

El caso es que Don Vasco, muy poco tiempo después de su llegada a México, empieza a planear la fundación de su famoso hospital, y aunque no se sabe con exactitud hacia que tiempo escribió sus Ordenanzas, sus hospitales, desde un principio estuvieron regidos por ellas.

Entre la Utopía de Tomás Moro y las Ordenanzas que dió Don Vasco a sus hospitales, hay grandes semejanzas, aunque no debemos pasar por alto que también hay muchas diferencias.

Desde el momento en que se estudian estos puntos, saltan a la vista muchas de las semejanzas que existen entre estas dos obras, voy a procurar demostrar algunas de ellas.

Desde luego tenemos en primer lugar, La Vida Común.—En Utopía casi todos los actos se hacían en común, porque según pensaba Tomás Moro esto ayudaba a los individuos a ser mejores y a ayudarse mutuamente, y cumplir por lo tanto mejor con todas sus obligaciones. Los utópicos tenían vida común a las horas de las comidas. Ya se ha explicado anteriormente varios de los motivos que tenían para ésto, que además de la comodidad que suponía el no tener que preparar en cada casa las comidas, tenían buenos alimentos, estaban

muy bien servidos y unidos a todo el resto de la comunidad, esto era para ellos muy importante, pues como se consideraban una sola familia, no sólo les agradaba comer juntos por el gusto que podía ocasionarles la compañía de los demás, sino que también lo veían natural, ya que nunca se ha visto que en una familia, cada quien coma donde quiera y cuando quiera, sino que siempre, o por lo menos la gran mayoría de las veces, debe de existir un orden, y como Tomás Moro poseía este orden en grado extremo le pareció la cosa más natural que toda la inmensa familia utópica, se sentara al mismo tiempo a la mesa.

Tenían también una vida en común a la hora de sus oraciones o cánticos religiosos, pues no obstante no practicar todos la misma religión, tenían una cosa muy original que la fantasía de Moro había ideado, y era que todas las religiones que hubiera en Utopía, tuvieran las mismas prácticas de piedad, y así con el fin de estar unidos a las horas de la oración, habían arreglado tanto su templo, como las mismas oraciones que dijera y aún el sacerdote que estuviera al frente, de manera que fuera lo mismo para toda la comunidad. Así tenemos que los templos, muy grandes y un poco oscuros, ya que pensaban que la claridad no ayudaba para la meditación, no tenían imagen alguna de dioses, sino que cada quién iba al templo a adorar a su propio dios, no un dios general, sino cada quién al suyo, al que adoraron en la religión a la que pertenecía cada persona. Y así vemos, que aunque no existía entre ellos la libertad religiosa, no podemos dudar que las prácticas de su religión las hacían en comunidad.

Se puede decir que para todos los actos del día estaban unidos, desde la hora de levantarse, durante todas las horas de las comidas, de las diversiones, del trabajo, hasta las ocho de la noche en que todos los habitantes de la ciudad se recogían.

De manera un tanto rápida, he procurado exponer la vida en común que practicaban los utópicos. A continuación trataré de la semejanza que existía entre estos y la practicada en los hospitales de Quiroga.

Don Vasco al leer la **Utopía**, aunque tal vez tuvo la idea de traspasar la mayoría de las leyes utópicas a sus hospitales, no lo hizo así, por una razón muy clara y muy lógica, porque Moro estaba soñando al imponerles esas leyes a los utópicos, más aún, ni siquiera se le había ocurrido que alguna vez se fueran a poner en práctica sino que escribió solamente de una ciudad irreal, con mucho sentido del humor, y al encontrarse Don Vasco ante la realidad, tomó únicamente lo que se podía llevar a cabo, que desde luego no era todo, porque muchas cosas ya viéndolas en la práctica, no eran posibles. Y así tenemos que Quiroga tomó la idea de la vida en común, tomó la unidad de los utópicos y la llevó a cabo entre los miembros de sus hospitales, así como la vida en común en lo que se refería a las horas de trabajo, y la comunidad de prácticas religiosas, pues tenían como en Utopía un templo al que asistían todos y en el que ha-

bía el mismo o los mismos sacerdotes para toda la comunidad, sólo que además de esto, cosa que no había en la Utopía, tenían todos la misma religión, lo que desde luego les daba una unidad muy superior a la de los utópicos.

Es muy interesante considerar el hecho de que Don Vasco les dá a sus indígenas las mismas horas de trabajo que Moro a sus utópicos, y la influencia de éste en Quiroga se muestra más palpable todavía, cuando nos fijamos en la división que ambos hacen de las horas de trabajo, y del trabajo en general, pues así como en Utopía disponen de seis horas para trabajar, tres en la mañana y tres en la tarde, así Quiroga las impone entre sus indígenas. En Utopía los oficios pasaban de padres a hijos, de manera que correspondían a las familias, y así determinado número de familias se encargaba de tal o cual oficio, y estando unidas las familias y ayundándose todas entre sí lograban que el oficio que les estuviera encomendado alcanzara su máximo grado de perfección. De esa misma manera Don Vasco dividió en sus tierras los oficios, dándoles a los habitantes de cada pueblo uno distinto, entre otras razones para que no hubiera rivalidades entre los que habitaban uno y otro pueblo; y llegaban a alcanzar los oficios tal perfección, que los trabajos de pluma que se hicieron en Pátzcuaro en este tiempo no han sido superados hasta ahora, ni lo serán, puesto que el arte plumario en nuestros días ya se haya en decadencia.

Ambos, Moro y Quiroga, tenían también la repartición en común del fruto de su trabajo, es decir no trabajaba cada quién para sí y para su familia únicamente, sino que entregaba el fruto de su trabajo a las autoridades encargadas de ello, y éstas lo repartían entre todos los habitantes de la ciudad, de acuerdo con sus necesidades personales. En Utopía como la gente comía en un comedor público, lo primero que se surtía era el comedor, y lo que quedaba estaba a la disposición del público, pudiendo tomar cada quien lo que quisiera sin necesidad de darles nada en cambio. Esto no se podía hacer exactamente igual en los Hospitales de Don Vasco, porque no era posible debido a las siguientes causas: En los pueblos-hospitales, la gente no se reunía para comer; podían comer a la misma hora si quisieran, pero cada quien con su familia y tanto los enfermos como los administradores en sus salas respectivas, hay que comprender que era completamente imposible para Quiroga, hacer que 30,000 personas, aún sin cultura, que apenas si sabían comer, se pudieran sentar alrededor de una mesa, a comer decentemente, cosa que nunca habían estado acostumbradas a hacer. Además Tomás Moro nunca se había encontrado con el problema de darles de comer a tanta gente pues seguramente que el Lord Canciller no se había visto jamás en la necesidad de entrar a la cocina de su casa, y por tanto no se daba cuenta de que era materialmente imposible el que existiera una cocina en la que se prepararan alimentos para tan gran cantidad de gentes; esto como ya dije, viéndolo en la obra de Moro puede no llamarnos la atención, ya que sabemos que era un libro para entre-



tener a la gente, pero no posible de realizarse, pues realmente los problemas materiales con los que no contó Tomás Moro, los tuvo Quiroga y no los pudo llevar a la práctica por la imposibilidad material que había para hacerlo.

Otro punto de la Utopía que tomó Don Vasco para sus hospitales es el de la organización patriarcal. La organización de la familia, que en Utopía estaba gobernada por el miembro más anciano de la misma, el cual se debería de encargar de todo lo que se refiriera al buen comportamiento así como también al bienestar de su familia. De esta misma manera en los hospitales de Quiroga se mandaba que al frente de cada familia estuviera el abuelo, por lo que se entiende, la persona de más edad. En ambas partes escogían al más anciano, considerando que era el de más experiencia ya que como dice el refrán "más sabe el diablo por viejo que por diablo".

Aunque yo creo que también era natural que se escogiera para jefe de la familia el más anciano, ya que a menos que todos tuvieran una virtud muy grande sería muy difícil para hombres grandes, el que sus hijos o sus nietos fueran los censores de su comportamiento, y aunque no dudo que éstos tal vez en muchas ocasiones lo hicieran mejor que los ancianos, no dudo tampoco el que al sentirse con todo el poder, no pudieran comprender, o trataran con demasiada exigencia a los miembros viejos de su familia que ya tuvieran las debilidades o los defectos de la ancianidad. Así tenemos que el que gobernaba era el más anciano, pero a éste desde luego no se le permitía dictar fallos en su gobierno, sino que estaban obligados a dar el buen ejemplo a los miembros de su familia y a portarse de manera que éstos al crecer siguieran en todo sus pasos. Y si alguno de estos venerables patriarcas, se desentendía con frecuencia de sus obligaciones al no estar pendiente de su familia, ya por estar demasiado anciano, o por no saberse dominar para dar el buen ejemplo, entonces se nombraba otro para que lo supliera. En esta última parte difieren un poco las órdenes de Don Vasco y las implantadas por Tomás Moro, pues éste último nos dice que cuando esto sucedía en Utopía, se le quitaba el cargo a quien había mostrado un mal comportamiento y se nombraba como jefe en su lugar, al miembro de la familia que le siguiera en edad. En cambio en los hospitales de Santa Fé, no se hacía de esta manera, pues en lugar de nombrar al miembro que siguiera en edad se escogían unos coadjutores que se hacían cargo de la familia supliendo al mal gobernante.

El gobierno en ambos lugares era elegido por el pueblo, aunque no de una manera igual en las dos partes pues en los hospitales de Don Vasco no todos los miembros se elegían democráticamente, sino que el rector, que siempre debería ser un sacerdote, era nombrado por el obispo del lugar y duraría en su gobierno únicamente tres años. Pero tampoco en Utopía era el príncipe elegido directamente por el pueblo ya que de los cuatro candidatos elegidos por votación popular, un número reducido de personas se encargaba de escoger al príncipe y el gobierno de éste no era por determinado tiempo, sino

vitlicio. De todas maneras en ambas partes se puede decir que existía una elección popular, pues los otros miembros del gobierno sí eran elegidos directamente por el pueblo, siendo esta elección, un poco restringida en los hospitales de Quiroga, y más libre entre los habitantes del lugar ideado por Moro.

Pero Vasco de Quiroga, cuando escribió las Ordenanzas de sus hospitales, no sólo tomó en cuenta los puntos fundamentales de la sociedad utópica, sino también otros que aunque sin ser de una importancia capital, le parecieron de provecho y de utilidad para la buena organización de sus hospitales, y así tenemos que tanto en estos, como en la ciudad de Utopía, la gente usaba para vestirse el mismo color de la ropa y la misma clase de tela (en los hospitales la lana sin teñir y en la Utopía el lino al color natural). Y así como Moro implantó entre sus utópicos que todos llevaran el traje con la misma hechura, habiendo sido desde luego, alguna hechura que se usaba en Inglaterra, así también Don Vasco les mandó a sus indios, que vistieran todos igual, aunque desde luego no les ha de haber impuesto un modelo inglés, porque ni era inglés Quiroga, ni sus hospitales estaban situados en Inglaterra, sino que el traje que les escogió era propio para la clase de gente del país en que habitaban, únicamente mandó que todos se vistieran igual con el fin de que no existiera entre ellos la vanidad. También en ambos lugares se debían distinguir los casados de los solteros y por este motivo en los hospitales de Don Vasco, las mujeres casadas llevaban la cabeza cubierta.

Otro punto en el que de una manera palpable se nota la influencia de Moro en Quiroga, es en lo que se refiere a la base de la economía, que para las dos partes era la agricultura. Desde luego es una cosa muy comprensible el hecho de que los indios que ya de mucho tiempo atrás eran agricultores, tuvieran la agricultura como base de su economía, pero a lo que verdaderamente me voy a referir, y en lo que se nota la influencia de Moro, es en la manera en la que practicaban este oficio.

En las dos partes había familias agrícolas que vivían en el campo, por espacio de dos años, al cabo de los cuales regresaban a la ciudad teniendo ya grandes conocimientos sobre la agricultura. Ya he explicado en el capítulo correspondiente, el modo cómo se practicaba esto en Utopía; los 20 individuos que marchaban al campo cada año, permanecían en él durante dos años, el primero de los cuales lo pasaban aprendiendo el oficio y el segundo año se lo enseñaban a los que por haber entrado este año fueran novatos todavía. Quiroga seguramente tuvo dificultades para hacerlo exactamente de la misma manera, y lo cambió un poco; estableció los dos años de trabajo en el campo; pero al final de los cuales solamente se quedaban algunos individuos que eran los que enseñaban a los nuevos. Esto no quita que la influencia sea palpable. Pero tanto en un lado como en el otro, los frutos de este trabajo agrícola no eran para individuos particulares sino para toda la comunidad.

En los párrafos anteriores he tratado de demostrar una vez más la influencia que el canciller de Inglaterra tuvo sobre el Obispo de Michoacán, pero también mencioné anteriormente que entre ellos se podían encontrar muchas diferencias y brevemente trataré de exponer las que a mi parecer son más importantes.

Desde luego Moro en su Utopía no podía sino demostrar algo del modo de pensar inglés, Inglaterra para esta época ya no era la "alegre Inglaterra" de la cual nos hablan algunos autores, había perdido muchos de su alegría, ya no se celebraban aquellas ruidosas fiestas populares con cantos y bailes y a las que la gente se presentaba vestida de vistosos colores, Inglaterra se había tornado un poco seria, seca si se quiere, y esto influye en Moro al escribir en Utopía, pues como él mismo dice, sólo había una fiesta el día del año nuevo, y no debe haber sido muy alegre, pues por toda la relación de Utopía se ve que en general sus habitantes, aunque tal vez fueran felices no lo demostraban mucho, y sus niños que son los que en todas partes se puede decir que animan el ambiente con sus gritos y sus juegos, en Utopía no lo eran así, sino que en ella la infancia terminaba muy pronto, me los imagino un poco como deben haber sido los hijos de Sir Tomás Moro, que ya a los cinco años hablaban perfectamente el latín y el griego y que como dice Erasmo, se les veía siempre con algún libro de Tito Livio o de Virgilio o de cualquier otro poeta latino, debajo del brazo.

Esto desde luego no lo hubo en la obra de Quiroga, que su mismo carácter español tenía que ser mucho más alegre y ruidoso que el de Lord Inglés, y como prueba palpable tenemos, que en sus hospitales, las fiestas eran todos los sábados y desde luego Quiroga, que tanto quería y se preocupaba por los niños, no los debe haber tenido en un silencio y una quietud tan aterradora como la de los niños utópicos.

También una de las ideas de Moro, era que en la Utopía existiera una libertad para obrar, en todo lo que por medio de un razonamiento pudiera llegar a hacerse mejor, por ejemplo: Moro, no obliga a sus utópicos a estudiar sino que los deja en libertad de hacer lo que les parezca, pensando, que un hombre que razone y que comprenda la importancia del estudio, se dedicara a estudiar por su propio gusto, y a los que esto hacían se les alababa y premiaba en Utopía.

También establece Moro la libertad religiosa, diciendo que no obstante haber muchas religiones, todos buscaban la mejor, tanto que al explicarles los amigos de Hytlodeo las verdades del cristianismo, fueron muchos los que después de estudiarlas pedían hacerse católicos, lo hacen libremente, pero poniendo un esfuerzo de su parte, es decir, razonando. Y así por otras cosas por el estilo pienso, que Moro quería en Utopía como una libertad más amplia, pero de manera que las personas que esforzándose quisieran alcanzar lo mejor, lo lograran haciendo uso de su inteligencia, de su razón.

Quiroga no es ésto lo que busca, las gentes con quien él trata son muy distintas, hay que conducirlos, no se les puede dar una libertad completa, porque la convertirían en libertinaje, y lo que Quiroga busca es reducirlos, cercarlos un poco diciéndoles las cosas que deben hacer y cómo les deben hacer, no dejarlas obrar por su gusto.

Moro trata en Utopía de personas formadas y cultas, con varios siglos de civilización, en cambio Don Vasco trata con indios que aunque dóciles y buenos cuando se les quiere, son incultos y rebeldes y cuesta trabajo llegar a dominarlos. Los utópicos tienen una vida ya formada, saben lo que hacen y pueden obrar libremente, pero no así los indígenas de los hospitales, a los que todavía hay que enseñar como a niños.

Otro punto también importante y que debemos tomar en cuenta, es que Moro escribió una obra irreal completamente y Quiroga se vió ante el problema de la realidad, Moro escribió una obra sobre una ciudad irreal a la que le impuso unas leyes sin tener en cuenta las dificultades que el cumplimiento de estas podía ocasionar, como por ejemplo: nos dice Moro que los utopianos se acostaban, todos, a las 8 de la noche, que dormían ocho horas, lo cual indica que se levantaban a las cuatro de la mañana, después dice que trabajaban tres horas durante la mañana, así es que cuando mucho a las 9 de la mañana ya estaban libres, y como el estudiar no era obligatorio, los que no estudiaban no me imagino en qué ocupaban todo este tiempo, ya que la vagancia no existía en Utopía.

También dice que después de que el comedor público estuviera surtido, todo lo que quedara lo podía coger la persona que lo quisiera, cosa también un tanto absurda, pues entre 6,000 familias es imposible que no hubiera pleitos por el deseo de varias de ellas a escoger una misma cosa, pero esto no podía ser, porque en Utopía según nos dice Moro no existían los pleitos. Desde luego es tanta la irrealidad de la obra de Moro, que Quiroga para poderlo imitar en tantas cosas como en efecto lo hizo, se las debe de haber visto muy negras, porque es muy distinto plantear un problema a verse en la necesidad de resolverlo, que es lo que pasó con Sir Tomás Moro y con Don Vasco.

Otro punto que se refiere también a la anterior es el móvil que indujo a ambos a llevar a cabo sus obras respectivas.

De la Utopía se pueden pensar muchas cosas, puede haber sido con el único fin de entretener a los humanistas de su época que admiraban toda obra que estuviera escrita en un elegante latín, también, como algunos dicen, Moro podía haber querido escribir algo parecido a la obra de Erasmo, algo que fuera como una respuesta a ésta, o también dado el modo de pensar de Moro podía haber escrito la Utopía con el propósito de corregir los errores de su época; no quiero decir desde luego que haya querido poner la Utopía como un modelo de ciudad, pero sí criticando, por medio de ella, algunos de los defectos de que adolecían en su tiempo. En cambio la obra de

Quiroga se puede decir que era una misión, esto es claro; Quiroga había sido enviado a América por un Gran Emperador, quien le dió un cargo político, pero que implicaba también una defensa y una evangelización del indio, ya que Carlos V siempre tuvo el propósito de que los indios a más de ser ayudados a progresar fueran enseñados en la religión católica. Y era ésta una de las órdenes que traía la segunda audiencia; el otro fin era tratar de contrarrestar con sus buenas obras y su buen comportamiento los crímenes cometidos por Nuño de Guzmán, el presidente de la Audiencia anterior. Aunque Quiroga no tenía orden de fundar sus hospitales, él se sintió con la responsabilidad de hacerlo, pues se dió cuenta de la falta que hacía algo semejante para ayudar a los indios.

Tenía la idea de una gran misión, y esa idea lo llevó a fundar sus hospitales. Más tarde cuando fué nombrado Obispo de Michoacán, se dedicó más completamente a ésto, pues comprendía que su misión no había terminado; sino que cada vez pedía un mayor esfuerzo de su parte.

Tomás Moro ha sido muchas veces comparado con Sócrates el famoso filósofo griego, que murió tratando de demostrarles a las gentes una vida de virtud, y que al igual que Tomás Moro, murió con una ironía en los labios, diciendo que no se dividaran de pagar el gallo que debía a Esculapio. Yo creo que también en lo que se refiere a su obra puede ser comparado el Canciller de Inglaterra, con aquel otro filósofo no menos famoso, que fué Platón, el idealista por excelencia que también concibiera una República irrealizable. Pero si Tomás Moro y Platón fueron idealistas, los discípulos de ambos son realistas. Vasco de Quiroga no se contrapone filosóficamente a su maestro como Aristóteles pero tiene una visión más práctica que su maestro y convierte en realidad los ideales que Tomás Moro había establecido en la Utopía.

## BIBLIOGRAFIA

- Bravo Ugarte, José.—**Historia de México**, tomo II, La Nueva España. Jus, Revista de Derecho y Ciencias sociales, México 1941.
- Chambers, R. W.—**Tomás Moro**, traducción del inglés por Francisco González Ríos. Imprenta López, Perú 666 Buenos Aires República Argentina 1946.
- Díaz del Castillo, Bernal.—**Verdadera Historia de los Sucesos de la Conquista de la Nueva España**. Biblioteca de Autores Españoles. Historiadores Primitivos de Indias, tomo segundo, Madrid 1853. Imprenta y Estereotipia de M. Rivadeneyra.
- Fernández, Justino y O'Gorman, Eamundo.—**Santo Tomás More y La Utopía de Tomás Moro en la Nueva España**, Alcanía, México 1937.
- Gerbi Antonello.—**Viejas Polémicas sobre el Nuevo Mundo**, Comentarios a una tesis de Hegel. Banco de Crédito del Perú-Lima, 1944.
- León, Nicolás.—**El Ilmo. Señor Don Vasco de Quiroga**. Estudio biográfico y crítico premiado en los juegos florales del Estado de Michoacán 1903. Tip. de los sucesores de F. Díaz de León.
- León, Nicolás, Recopilación de **Documentos Inéditos Referentes al Ilustrísimo Señor Don Vasco de Quiroga**. Existentes en el Archivo General de Indias, México, Antiguo Librería Robredo de José Porrúa é Hijos, 1940.
- Macauley Trevelyan, George.—**Historia política de Inglaterra**, Versión española de Ramón Iglesia. Fondo de Cultura Económica, Pánuco 63, México, 1a. edición española 1943.
- Moro, Tomás.—**Utopía**, traducción de Claudio Rouquette de Fonvielle, Editorial Sopena Argentina, S. R. L. Esmeralda 116, Buenos Aires, junio de 1941. 1a. Edición.
- Quiroga, Don Vasco de.—**Documentos**, Introducción y notas; críticas por Rafael Aguayo Spencer. México 1939.
- Ricard, Robert.—**La Conquista Espiritual de México**. Editorial Jus, México 1947. Traducción de Angel María Garibay K.
- Sargent, Daniel.—**Tomás Moro**. Traducción de Pedro Zuloaga.—Editorial Jus. México 1945.
- Zavala, Silvio.—**Ideario de Vasco de Quiroga**. Impreso en México por el Fondo de Cultura Económica. 1a. Edición 1941.
- Zavala, Silvio.—**La Utopía de Tomás Moro en la Nueva España y otros estudios**. México. Librería de Robredo 1937.